

S. AURELII AUGUSTINI HIPPONENSIS EPISCOPI CUESTIONES EVANGELIORUM
LIBRI DUO.

Prólogo.

Esta obra no fue escrita como si se hubiera asumido la tarea de exponer el Evangelio en orden, sino según el criterio y el tiempo del consultante con quien se leía, si algo le parecía oscuro. Por eso, muchas cosas, y quizás más oscuras, se omitieron, porque ya las conocía quien indagaba sobre lo que aún no sabía, y no quería que su prisa se detuviera en lo que ya había recibido antes, de tal manera que, incluso por la asiduidad de escuchar y tratar, lo había fijado firmemente en la memoria. También se encuentran aquí algunas cosas no expuestas en el mismo orden en que se narran en el Evangelio; ya que algunas, pospuestas por la prisa, se revisaban cuando se daba el tiempo, y se escribían en el lugar que quedaba vacío en el orden de las cosas ya expuestas. Después de darme cuenta de esto, para que nadie, buscando leer algo en esta obra que le hubiera movido en el Evangelio y le hubiera incitado a preguntar, se ofendiera por el desorden perturbador (ya que lo que se dictaba de manera fragmentaria, como se podía, lo reconocí reunido y conectado en uno), hice que, según el orden de los números con los títulos prescritos, lo que cada uno necesitara, lo investigara fácilmente.

TÍTULOS DE LAS CUESTIONES DEL PRIMER LIBRO EN EL EVANGELIO SEGÚN
MATEO.

- I. Lo que dice, Nadie conoce al Hijo sino el Padre.
- II. Que los discípulos del Señor comenzaron a arrancar espigas y a comer.
- III. Sobre el lino humeante.
- IV. Sobre el ciego y mudo.
- V. Lo que dice, Y si yo expulso demonios en Beelzebub.
- VI. Lo que dice, Generación de víboras.
- VII. Lo que dice, Como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches.
- VIII. Lo que dice, Cuando el espíritu inmundo sale del hombre.
- IX. Sobre el fruto ciento, sesenta y treinta.
- X. Lo que dice, Recoged primero la cizaña.
- XI. Sobre el grano de mostaza que se hace mayor que todas las hortalizas.
- XII. Sobre la levadura que tomó una mujer y escondió en tres medidas de harina.
- XIII. Sobre el tesoro escondido en el campo.
- XIV. Lo que dijeron los judíos, ¿De dónde le viene esta sabiduría y poder?
- XV. Que caminó sobre el mar hacia los discípulos.
- XVI. Qué significa, Cualquier ofrenda que sea de mí, te beneficiará.

- XVII. Lo que dice, Toda planta que no plantó mi Padre será arrancada.
- XVIII. Sobre el siervo del centurión y la hija de la mujer cananea.
- XIX. Qué significan los mudos, ciegos, sordos y cojos que fueron presentados al Señor para ser curados.
- XX. Lo que dice, Al atardecer decís, Habrá buen tiempo; porque el cielo está rojo.
- XXI. Lo que dice, Elías ciertamente vendrá y restaurará todas las cosas.
- XXII. Sobre aquel que a menudo caía en el fuego y a veces en el agua.
- XXIII. Lo que dice, Entonces los hijos son libres, cuando se exigía el tributo.
- XXIV. Lo que dice, Pero el que escandalice a uno de estos pequeños.
- XXV. Que le fue presentado un deudor de diez mil talentos.
- XXVI. Sobre el rico que no entra en el reino de Dios.
- XXVII. Que a dos discípulos aparte les indica que va a sufrir.
- XXVIII. Que al salir de Jericó, ilumina a dos ciegos.
- XXIX. Lo que dice a los discípulos, Diréis a este monte, Quítate y échate al mar.
- XXX. Lo que dice, Y el que caiga sobre esta piedra, será quebrantado.
- XXXI. Sobre el hombre rey que hizo bodas para su hijo.
- XXXII. Sobre los siete hermanos que tuvieron una sola esposa.
- XXXIII. Qué significa lo que dice, Toda la ley depende de estos dos mandamientos.
- XXXIV. Lo que dice, ¿Qué es mayor, el oro o el templo que santifica el oro?
- XXXV. Lo que dice, Coláis el mosquito, pero tragáis el camello.
- XXXVI. Lo que dice, Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina.
- XXXVII. Lo que dice, Orad para que vuestra huida no sea en invierno o en sábado.
- XXXVIII. Lo que dice, Como el relámpago sale del oriente y llega hasta el occidente.
- XXXIX. Lo que dice, Aprended la parábola de la higuera.
- XL. Lo que dice de Judas, Mejor le fuera no haber nacido.
- XLI. Que fue vendido por treinta piezas de plata.
- XLII. Lo que dice, Donde esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas.
- XLIII. Lo que dice, No beberé más de este fruto de la vid.

XLIV. Que escupieron en su rostro y le golpearon con los puños.

XLV. Sobre la triple negación de Pedro.

XLVI. Que siguió al Señor de lejos yendo a la pasión.

XLVII. Que el Señor oró tres veces antes de ser entregado.

TÍTULOS DE LAS CUESTIONES DEL LIBRO II EN EL EVANGELIO SEGÚN LUCAS.

I. Que Zacarías escucha del ángel, Tu oración ha sido escuchada.

II. Que enseña a las multitudes desde la barca.

III. Lo que dice al leproso sanado, Ve, muéstrate al sacerdote.

IV. Sobre el paralítico que fue bajado a él por el techo.

V. Cómo pudo tener dos padres José.

VI. Sobre las setenta y siete generaciones.

VII. Sobre aquel que tenía la mano derecha seca.

VIII. Lo que dice, Medida buena, apretada, remecida y rebosante darán en vuestro regazo.

IX. Lo que dice, ¿Puede un ciego guiar a otro ciego?

X. Sobre aquel que cavó profundo y puso el fundamento sobre la roca.

XI. Sobre los niños sentados en la plaza y llamándose unos a otros.

XII. Lo que dice, Nadie enciende una lámpara y la cubre con un vaso, ni la pone debajo de la cama.

XIII. Sobre aquel en quien había una legión de demonios.

XIV. Sobre los setenta y dos discípulos.

XV. Lo que dice, Si la luz que hay en ti son tinieblas, ¡cuán grandes serán esas tinieblas!

XVI. Lo que dice, Ahora vosotros, fariseos, limpiáis lo de fuera del vaso y del plato.

XVII. Sobre el dedo de Dios.

XVIII. Sobre el ayuno de los hijos del esposo.

XIX. Sobre aquel que descendiendo de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones.

XX. Que Marta lo recibió en su casa, donde María se sentaba a sus pies.

XXI. Sobre aquel que a medianoche pide tres panes a un amigo.

XXII. Sobre el pan, el pez y el huevo.

- XXIII. Lo que dice, Habéis quitado la llave del conocimiento.
- XXIV. Lo que dice, La vida es más que el alimento.
- XXV. Lo que dice, Tened ceñidos vuestros lomos y las lámparas encendidas.
- XXVI. Sobre la medida de trigo que da el fiel administrador de la familia.
- XXVII. Lo que dice, Cuando veáis una nube que se levanta en el occidente.
- XXVIII. Lo que dice sobre la estatura del cuerpo a la que no pueden añadir nada.
- XXIX. Lo que dice, No os elevéis en lo alto.
- XXX. Sobre los invitados a la cena.
- XXXI. Sobre los gastos para construir una torre y el rey que tiene veinte mil.
- XXXII. Sobre la sal desvanecida y la oveja perdida.
- XXXIII. Sobre los dos hijos, de los cuales el menor se fue a una región lejana.
- XXXIV. Lo que dice, Haced amigos con las riquezas de la iniquidad.
- XXXV. Lo que dice, Si en lo ajeno no fuisteis fieles.
- XXXVI. Lo que dice, Nadie puede servir a dos señores.
- XXXVII. Lo que dice, El reino de los cielos sufre violencia.
- XXXVIII. Sobre el rico a cuya puerta yacía Lázaro lleno de llagas.
- XXXIX. Lo que dijeron los discípulos al Señor, Aumentanos la fe.
- XL. Sobre los diez leprosos.
- XLI. Sobre aquel que está en el techo y sus bienes en la casa.
- XLII. Sobre aquel que está en el campo, para que no vuelva atrás.
- XLIII. Sobre la esposa de Lot.
- XLIV. Sobre dos en una cama, dos moliendo y dos en el campo.
- XLV. Sobre el juez injusto al que la viuda importunaba.
- XLVI. Sobre el hombre noble que fue a una región lejana para recibir un reino.
- XLVII. Sobre el camello que pasa por el ojo de una aguja.
- XLVIII. Sobre el ciego iluminado, cuando se acercaba a Jericó.
- XLIX. Sobre la vida de los santos, cuando resuciten.

L. Lo que dice, Orad para que no entréis en tentación.

LI. Lo que está escrito sobre el Señor, Fingió ir más lejos.

LIBRO PRIMERO. Cuestiones en el Evangelio según Mateo.

CUEST. I. [MATTH. c. XI, V\ 27.]

Cuando dice, Nadie conoce al Hijo sino el Padre, no dijo, Y a quien el Padre quiera revelar; como cuando dice, Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, añadió, y a quien el Hijo quiera revelar. Esto no debe entenderse como si el Hijo no pudiera ser conocido por nadie, sino solo por el Padre; pero el Padre no solo por el Hijo, sino también por aquellos a quienes el Hijo lo haya revelado. Así se dijo más bien, para que entendamos que tanto el Padre como el mismo Hijo se revelan por el Hijo; porque él mismo es la luz de nuestra mente: de modo que lo que añadió después, y a quien el Hijo quiera revelar, no solo se refiere al Padre, sino también al Hijo: pues se añadió a todo lo que dijo. Porque por su palabra el mismo Padre es declarado: pero la palabra no solo declara lo que se declara por la palabra, sino que también se declara a sí misma.

II. [Ib. XII, 1.]

Que los discípulos del Señor comenzaron a arrancar espigas y a comer, lo cual no podrían hacer sin frotarlas; de aquí es, Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra: es decir, porque nadie pasa al cuerpo de Cristo, a menos que se despoje de las vestiduras carnales; de aquí es también, Despojaos del viejo hombre (Colosenses III, 5-9); de aquí es también, Circuncisión no hecha a mano en el despojo de la carne (Colosenses II, 11).

III. [Ib. XII, 20.]

En el lino humeante se debe notar que también al privarse de luz produce mal olor.

IV. [Ib. XII, 22.]

Entonces le fue presentado un endemoniado, ciego y mudo: es decir, quien no cree y está sometido al diablo; quien no entiende y no confiesa la misma fe, de la cual se ha dicho, Con la boca se hace confesión para salvación (Romanos X, 10); o quien no da alabanza a Dios.

V. [Ib. XII, 27-29.]

Lo que dijo, Y si yo expulso demonios en Beelzebub, también según vuestro juicio: por tanto, ha llegado a vosotros el reino de Dios; porque el reino del diablo no puede permanecer, lo cual confesáis que está dividido contra sí mismo. Ahora llama reino de Dios, por el cual los impíos son condenados, y son separados de los fieles que ahora hacen penitencia por sus pecados. Llama fuerte a aquel, porque él mismo retenía, para que los hombres no pudieran por sus propias fuerzas librarse de él, sino por la gracia de Dios. Llama sus vasijas a todos los infieles. A menos que primero ate al fuerte: dijo ate, le quite el poder de impedir la voluntad de los fieles de seguir a Cristo y obtener el reino de Dios.

VI. [Ib. XII, 34.]

Llama generación de víboras a ellos, porque también los llama hijos del diablo. Pues cada uno es hijo de él en la medida en que lo imita pecando.

VII. [Ib. XII, 40.]

Como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches; así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches. Toma la parte del día del viernes en que fue sepultado con la noche pasada, por noche y día, es decir, por todo el día; la noche y el día del sábado; y la noche del domingo con el mismo día al amanecer: y por lo tanto, tomando la parte por el todo, tienes tres días y tres noches. Pues lo que se dice que son diez meses de embarazo, son nueve completos; pero el inicio del décimo se toma por todo. Y lo que el Señor se mostró en el monte, uno de los evangelistas dice que ocurrió después de seis días (Mateo XVII, 1); pero otro dice después de ocho días (Lucas IX, 28), contando la parte posterior del primer día en que el Señor prometió que esto sucedería, y la parte anterior del último día en que se cumplió lo que prometió, por días enteros y completos: para que entiendas que quien dijo, después de seis días, solo mencionó los medios, que verdaderamente fueron completos y enteros. Pues en Génesis el día comienza con la luz y termina en las tinieblas (Génesis I, 5), para significar la caída del hombre: pero ahora de las tinieblas a la luz, como se ha dicho, De las tinieblas resplandece la luz (II Corintios IV, 6): porque el hombre liberado de los pecados, llega a la luz de la justicia.

VIII. [Ib. XII, 43-45.]

Cuando el espíritu inmundo sale del hombre: significa que algunos creerán de tal manera que no podrán soportar los trabajos de la continencia, y volverán al mundo. Lo que se ha dicho, Toma consigo otros siete, se entiende porque cuando alguien ha caído de la justicia, también tendrá simulación. Pues la concupiscencia de la carne expulsada por la penitencia de las obras acostumbradas, cuando no encuentra en qué deleites descansar, regresa más ávidamente, y nuevamente ocupa la mente del hombre, si cuando fue expulsada, siguió la negligencia, de modo que no se introdujo como habitante de la casa limpia la palabra de Dios por la sana doctrina. Y porque no solo tendrá esos siete vicios, que son contrarios a las siete virtudes espirituales, sino que también simulará tener esas mismas virtudes; por eso, tomando consigo otros siete peores, es decir, esa misma simulación septenaria, regresa aquella concupiscencia, para que los últimos del hombre sean peores que los primeros.

IX. [Ib. XIII, 13, 23.]

Lo que dice, Otro ciento, otro sesenta, otro treinta: ciento de los mártires, por la saciedad de la vida o el desprecio de la muerte: sesenta de las vírgenes, por el ocio interior, porque no luchan contra la costumbre de la carne; pues suele concederse ocio a los sexagenarios después de la milicia, o después de las acciones públicas: treinta de los casados, porque esta es la edad de los que combaten; pues ellos tienen un conflicto más agudo, para que no sean vencidos por las pasiones.

X. [Ib. XIII, 25-30.]

Toda impureza en el campo se llama cizaña. Que primero se dice que separe la cizaña, porque por la tribulación precedente los impíos serán separados de los piadosos: lo cual se entiende que se hace por los buenos ángeles; porque los oficios de venganza pueden cumplirlos los buenos con buen ánimo, como el rey, como el juez; pero los oficios de misericordia no pueden cumplirlos los malos.

XI. [Ib. XIII, 31.]

El grano de mostaza por el fervor de la fe, o porque se dice que expulsa venenos, se hace mayor que todas las hortalizas, es decir, doctrinas. Las doctrinas son los placeres de las sectas, es decir, lo que agradó a cada secta.

XII. [Ib. XIII, 33.]

La levadura que tomó una mujer y escondió en tres medidas de harina: llama mujer a la sabiduría: levadura, al amor; que calienta y excita. En las tres medidas de harina, o aquellos tres en el hombre, Con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente (Mateo XII, 37); o aquellos tres fructíferos, Ciento, sesenta, treinta (Id. XIII, 8, 23); o aquellos tres géneros de hombres, Noé, Daniel y Job (Ezequiel XIV, 14).

XIII. [Ib. XIII, 44.]

El tesoro escondido en el campo, dijo los dos Testamentos de la ley en la Iglesia, que cuando alguien los toca en parte con el entendimiento, siente que allí se esconden grandes cosas: y va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo, es decir, con el desprecio de las cosas temporales se compra a sí mismo el ocio, para ser rico en el conocimiento de Dios.

XIV. [Ib. XIII, 54.]

Lo que dijeron los judíos, ¿De dónde le viene esta sabiduría y poder? sabiduría en lo que hablaba, poder en lo que obraba. Por eso también el Apóstol cuando dijo Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios (I Corintios I, 24); refirió el poder a las señales por los judíos, pero la sabiduría a la doctrina por los griegos, es decir, las naciones.

XV. [Ib. XIV, 26-33.]

Lo que dijeron los discípulos que era un fantasma, significa lo que se ha dicho, ¿Crees que hallará fe en la tierra? (Lucas XVIII, 8); porque algunos que cedieron al diablo, dudarán del advenimiento de Cristo. Pero lo que Pedro implora al Señor ayuda, para que no se hunda, significa que la Iglesia debe ser purgada por algunas tribulaciones incluso después de la última persecución. Lo que también Pablo significa diciendo: Será salvo; pero así como por fuego (I Corintios III, 15). Lo que sigue, que adorando todos los que estaban en la barca, dijeron, Verdaderamente eres Hijo de Dios, significa que su claridad será entonces manifiesta, por la apariencia ya visible, a los que ahora caminan por la fe.

XVI. [Ib. XV, 5.]

Cualquier ofrenda que sea de mí, te beneficiará; es decir, la ofrenda que ofreces por mi causa, ya te pertenecerá: con estas palabras significan los hijos que ya no necesitan las ofrendas de sus padres por ellos, porque han llegado a la edad en que ya pueden ofrecer por sí mismos. En esta edad, pues, constituidos, para que pudieran decir esto a sus padres, cuando lo decían, los fariseos negaban que fueran culpables, si no prestaban honor a sus padres.

XVII. [Ib. XV, 13.]

Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será arrancada: es decir, la concupiscencia carnal, según la cual se ofendían por los signos de las cosas omitidas, o incluso por sus tradiciones; y no se preocupaban por los preceptos de vida, que purgan el ánimo de la concupiscencia.

XVIII. [Ib. VIII, 13; XV, 28.]

Que tanto el siervo del centurión como la hija de la mujer cananea son salvados sin que él venga a sus casas; significa que las naciones, a las que no vino, serán salvadas por su palabra. Que los hijos son sanados a petición de ellos mismos, se entiende la persona de la Iglesia, que es para sí misma madre e hijos: pues todos juntos, de los que consta la Iglesia, se llama madre; pero individualmente, los mismos se llaman hijos.

XIX. [Ib. XV, 30.]

Que las multitudes presentaron al Señor mudos; que no lo alaban, o no confiesan la fe: ciegos; que no entienden, aunque obedecen a los que mandan: sordos; que no obedecen aunque entienden: cojos; que no cumplen los preceptos.

XX. [Ib. XVI, 2, 3.]

Lo que dijo el Señor, Al atardecer decís, Habrá buen tiempo; porque el cielo está rojo; es decir, por la sangre de la pasión de Cristo, en el primer advenimiento se da la indulgencia de los pecados. Y por la mañana, Hoy habrá tempestad; porque el cielo está rojo con tristeza; es decir, que en el segundo advenimiento vendrá precedido por fuego. ¿Sabéis, pues, juzgar el aspecto del cielo; pero no podéis discernir las señales de los tiempos? Llamó señales de los tiempos a su advenimiento o pasión, a lo cual es semejante el cielo rosado al atardecer: y también a la tribulación que habrá antes de su advenimiento, a lo cual es semejante el cielo rosado con tristeza por la mañana.

XXI. [Ib. XVII, 11.]

Lo que dijo el Señor, Elías ciertamente vendrá y restaurará todas las cosas; es decir, o aquellos a quienes la persecución del Anticristo haya perturbado; o que él mismo restituya muriendo lo que debe. XXII. [Ib. XVII, 14, 18.]

Lo que dijo, A menudo cae en el fuego, y a veces en el agua: el fuego hacia la ira, porque busca lo alto; el agua hacia los placeres de la carne. Asimismo, lo que dicen los discípulos, ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo? para que no se enorgullecieran haciendo esos milagros, fueron advertidos más bien a través de la humildad de la fe, como por el grano de mostaza, a cuidar que la elevación terrenal, que se significa con el nombre de monte, pase.

XXIII. [Ib. XVII, 25.]

Lo que dijo, Entonces los hijos son libres: en todo reino se debe entender que los hijos son libres, es decir, que no están sujetos a tributo. Mucho más deben ser libres en cualquier reino terrenal los hijos de aquel reino bajo el cual están todos los reinos terrenales.

XXIV. [Ib. XVIII, 6.]

Lo que el Señor dice, Pero quien escandalice a uno de estos pequeños, es decir, de los humildes, como quiere que sean sus discípulos, no obedeciendo, o incluso contraviniendo, como dice el Apóstol de Alejandro el calderero (II Tim. IV, 14.); le conviene que se le cuelgue una piedra de molino al cuello y se le arroje al fondo del mar: es decir, le corresponde la codicia de las cosas temporales, a la cual los necios y ciegos se atan, llevándolo atado por su propio peso a la perdición.

XXV. [Ib. XVIII, 24-31.]

Que fue presentado al Señor un deudor de diez mil talentos, y ordenó que se vendiera a él, a su esposa, a sus hijos, y todo lo que tenía, y se le pagara: se debe entender que era deudor de los diez mandamientos de la Ley; y por su codicia y sus obras, como esposa e hijos, debía pagar las penas, que es su precio: el precio del vendido se entiende como el castigo del condenado. Lo que dijo, No quiso perdonar a su conserivo, sino que fue y lo metió en la cárcel, y lo demás; se debe entender que mantuvo contra él este ánimo, deseándole castigos. Los conserivos que contaron al Señor lo que sucedía, se puede entender como la Iglesia, que lo desata y lo ata.

XXVI. [Ib. XIX, 23, 25.]

Lo que dijo el Señor, que el rico no entrará en el reino de Dios; y los discípulos dicen, ¿Quién podrá salvarse? cuando son pocos los ricos en comparación con la multitud de pobres: se debe entender que todos los que desean tales cosas, se consideran en su número.

XXVII. [Ib. XX, 17.]

Lo que el Señor refiere aparte a dos discípulos que va a sufrir, lo hizo para confirmar el testimonio en el futuro: porque dijo, En la boca de dos o tres testigos se establecerá toda palabra (Mat. XVIII, 16). Para que no se divulgara lo que decía, ni careciera de la firmeza del testimonio humano, no pudo decirlo a menos de dos. O para mostrar el sacramento de la caridad: pues la caridad no puede ser menos que entre dos. Pero él iba a sufrir no por necesidad de deuda por su pecado, sino por caridad para pagar nuestros pecados.

XXVIII. [Ib. XX, 29-34.]

El Señor sale de Jericó; ya saliendo de esta tierra por la resurrección. Lo siguen grandes multitudes; los pueblos y naciones creen en él. Dos ciegos sentados junto al camino, significan de ambos pueblos a algunos ya adheridos por la fe a la dispensación temporal, según la cual Cristo es el camino; y deseando ser iluminados, es decir, entender algo de la eternidad del Verbo, que deseaban obtener al pasar Jesús, es decir, por el mérito de la fe en la que se cree que el Hijo de Dios nació hombre y sufrió por nosotros. Pues por esta dispensación Jesús pasa, porque tal acción es temporal. Debían clamar tanto, hasta vencer el ruido de la multitud que les resistía; es decir, debían perseverar con tal intensidad en su ánimo orando y llamando, hasta superar con la más fuerte intención la costumbre de los deseos carnales, que como una multitud hace ruido a la mente que intenta ver la luz de la verdad eterna, o incluso la misma multitud de hombres carnales que impide los estudios espirituales. Así que Jesús, quien dijo, Al que pide se le dará, y el que busca encontrará, y al que llama se le abrirá (Mat. VII, 7), al venir a él, es decir, al llegar con el ardor de su deseo a lo que desean, los toca y los ilumina. Pues no como aquella dispensación temporal, así también la eternidad del Verbo pasa, que permaneciendo en sí misma renueva todas las cosas (Sab. VII, 27). Por lo tanto, porque la fe en la encarnación temporal nos prepara para entender las cosas eternas, al pasar Jesús fueron advertidos para ser iluminados, y al estar de pie fueron iluminados. Pues las cosas temporales pasan, las eternas permanecen.

XXIX. [Ib. XXI, 21.]

Lo que el Señor dice a sus discípulos, Diréis a este monte, Quítate y échate en el mar, lo dijo de la soberbia que pertenece a los seculares: esto debe decirse a sí mismo el siervo de Dios,

para que la repela, porque no le conviene. O que por su fe, porque por ellos se predicó el Evangelio, el mismo Señor que fue llamado monte (Isa. II, 2), fue quitado de los judíos, para ser arrojado a las naciones como al mar.

XXX. [Ib. XXI, 44.]

Lo que el Señor dice, Y el que caiga sobre esta piedra será quebrantado; pero sobre quien caiga, lo desmenuzará: lo dice de aquellos que caen sobre él, que ahora lo desprecian o lo afligen con injurias; por eso aún no perecen del todo, pero sin embargo son quebrantados, para que no caminen rectamente: pero sobre quienes cae, vendrá sobre ellos desde arriba en el juicio con el castigo de la perdición; por eso dijo, Los desmenuzará, para que sean impíos como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra (Sal. I, 4).

XXXI. [Ib. XXII, 2-9.]

Lo que el Señor dijo, El reino de los cielos es semejante a un hombre rey que hizo bodas para su hijo; llamó bodas al Verbo encarnado, porque en el hombre asumido la Iglesia fue unida a Dios. Lo que dijo, Mis toros y animales cebados han sido sacrificados: llamó toros a los príncipes de los pueblos; y animales cebados, a todos los engordados. Lo que dijo el Señor, Id a las salidas de los caminos, y a cuantos encontréis, llamad a las bodas: los caminos se entienden como las doctrinas de los gentiles; porque de todos ellos vinieron a las bodas, es decir, creyeron en Cristo.

XXXII. [Ib. XXII, 25.]

Lo que los saduceos dicen al Señor, Hubo entre nosotros siete hermanos, y uno tomó esposa y murió, y el segundo, y los demás; se entienden los hombres impíos, que no pudieron dar fruto de justicia en la tierra durante todas las siete edades del mundo, en las cuales esta tierra subsiste: pues después también pasará la misma tierra, por la cual todos ellos como siete maridos pasaron estérilmente.

XXXIII. [Ib. XXII, 40.]

Lo que el Señor dice, De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas; dijo depende, es decir, se refiere a eso, allí tiene su fin.

XXXIV. [Ib. XXXIII, 17, 19.]

Lo que el Señor dijo, ¿Qué es mayor, el oro, o el templo que santifica el oro? y también dijo, ¿Qué es mayor, la ofrenda, o el altar que santifica la ofrenda? se debe entender el templo y el altar como el mismo Cristo; el oro y la ofrenda, las alabanzas y sacrificios de oraciones, que en él por él ofrecemos. Pues no él por estas cosas, sino estas por él son santificadas.

XXXV. [Ib. XXIII, 23 y 24.]

Lo que el Señor dijo, Colando el mosquito, se refiere a lo que dijo, diezmar esas cosas pequeñas. Tragando el camello, se refiere a lo que dijo, Omitiendo lo más grave de la Ley; la misericordia, y el juicio, y la fe: para que este sea el sentido, Observáis lo mínimo, despreciáis lo máximo. De esta perversidad también les sucedió aquello, por lo cual estas cosas pueden referirse alegóricamente, que dejaron a Barrabás (Mat. XXVII, 20), porque evidentemente él no violaba el sábado, que con gran diligencia observaban carnalmente; pero mataron al Señor insinuando espiritualmente el sábado por la misericordia y el juicio y la fe,

que ellos despreciaban principalmente. Pues también con el nombre de mosquito no se figura absurdamente al homicida sedicioso; porque este animal inquieta con su zumbido, y se deleita con la sangre: y con el nombre de camello por su magnitud que se humilla para soportar cargas, se entiende congruentemente al Señor.

XXXVI. [Ib. XXIII, 37.]

Lo que dijo el Señor a Jerusalén, Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste? este tipo de animal tiene un gran afecto por sus hijos, tanto que afectada por su debilidad, ella misma se debilita; y lo que es más difícil de encontrar en otros animales, protegiendo a sus hijos con sus alas, lucha contra el milano: así también nuestra madre la Sabiduría de Dios, debilitada de algún modo por la asunción de la carne (de donde también el Apóstol dice, Lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 25), protege nuestra debilidad, y resiste al diablo, para que no nos arrebathe. En esta defensa, lo que aquella intenta contra el milano con afecto, esta lo realiza contra el diablo con poder.

XXXVII. [Ib. XXIV, 20].

Lo que el Señor dijo, Orad para que vuestra huida no sea en invierno o en sábado, es decir, para que no seáis detenidos por algún impedimento: porque tanto en invierno, por las lluvias o el frío; y en sábado, en el cual no se permitía viajar, alguien era impedido de su camino. O de otro modo, para que no seáis encontrados en la tristeza o alegría de las cosas temporales en aquel día.

XXXVIII. [Ib. XXIV, 23-27.]

Lo que el Señor dice, Porque como el relámpago sale del oriente, y llega hasta el occidente; así será la venida del Hijo del hombre; con el nombre de oriente y occidente quiso significar todo el mundo, por el cual habría de estar la Iglesia, comenzando el Evangelio desde Jerusalén (Luc. XXIV, 47), según aquel sentido en el que dijo, Desde ahora veréis al Hijo del hombre viniendo en las nubes (Mat. XXVI, 64). Convenientemente ahora llamó relámpago a la Iglesia, que suele brillar desde las nubes. Establecida pues la autoridad de la Iglesia por todo el mundo clara y manifiesta, consecuentemente advierte a los discípulos, y a todos los fieles, y a quienes quieran creer en él, que no crean a los cismáticos y herejes. Pues cada cisma, y cada herejía, o tiene su lugar en el mundo, ocupando alguna parte; o engaña la curiosidad de los hombres con reuniones oscuras y ocultas. A lo que se refiere lo que dice, Si alguien os dijere, He aquí está Cristo, o allí, lo que significa partes de tierras y provincias: o en los aposentos, o en el desierto, lo que significa reuniones oscuras y ocultas de los herejes. Lo que pues dijo, que su venida llegará de oriente a occidente, vale contra aquellos que son nombrados por partes de tierras, y dicen que Cristo está con ellos. Pero lo que dijo, Como el relámpago, vale contra aquellos que se congregan ocultamente como en aposentos, y pocos como en el desierto: pues el nombre de relámpago pertenece a la manifestación y claridad de la Iglesia, significando también la noche o las nubes de este siglo; pues entonces aparece el resplandor del relámpago.

XXXIX. [Ib. XXIV, 32.]

Lo que el Señor dijo, Aprended la parábola de la higuera; entiende la higuera como el género humano, por el prurito de la carne. Cuando ya su rama está tierna; es decir, cuando los hijos

de los hombres por la fe en Cristo han progresado hacia frutos espirituales, y en ellos ha brillado el honor de la adopción como hijos de Dios.

XL. [Ib. XXVI, 24.]

Lo que el Señor dijo de Judas, Mejor le fuera no haber nacido, ¿acaso en esta vida? como se dice usualmente. Pues no puede ser bueno algo para quien no es. Y si alguien insiste en que hay alguna vida antes de esta, se demuestra que no solo a Judas, sino a nadie le conviene nacer. ¿O dice al diablo que no nazca al pecado? ¿O también le era bueno no nacer a Cristo por la vocación, para que no fuera apóstata?

XLI. [Ib. XXVI, 15.]

Que el Señor fue vendido por treinta piezas de plata, significa por Judas a los judíos inicuos, que siguiendo las cosas carnales y temporales, que pertenecen a los cinco sentidos del cuerpo, no quisieron tener a Cristo: lo cual porque lo hicieron en la sexta edad del mundo, se significó que recibieron seis veces cinco como precio del Señor vendido. De ese tiempo el profeta les insulta diciendo, Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón? ¿por qué amáis la vanidad, y buscáis la mentira? (Sal. IV, 3) para que si en cinco edades hubiera alguna excusa para seguir la vanidad, al menos en la sexta comprendieran la verdad, que por nuestro Señor era predicada y demostrada, como en el sexto día el hombre fue hecho a imagen de Dios (Gen. I, 26). Porque no quisieron, tienen impresa la imagen del príncipe del siglo seis veces cinco, y no tienen a Cristo por quien se ha sellado en nosotros la luz de tu rostro, Señor (Sal. IV, 7). Y porque la palabra del Señor es plata (Sal. XI, 7), ellos también entendieron la ley carnalmente, como si en la plata tuvieran impresa la imagen del principado secular habiendo perdido al Señor.

XLII. [Ib. XXIV, 28.]

Lo que el Señor dice, Donde esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas; es decir, en el cielo, donde llevó consigo el cuerpo en el hombre asumido: lo cual también se llamó cadáver porque hablaba de morir. Allí se reunirán las águilas, se dijo de los espirituales, que imitando su pasión y humildad, se sacian como de su cuerpo. Pues el cuerpo asumió la humildad por nosotros y la pasión.

XLIII. [Ib. XXVI, 29.]

Lo que el Señor dice en el tiempo de la pasión a los discípulos, No beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día, cuando lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre, quiere que se entienda que esto es viejo, cuando dice aquello nuevo. Porque entonces del linaje de Adán, que se llama el hombre viejo, había asumido el cuerpo, que en la pasión iba a entregar a la muerte (de donde también por el sacramento del vino encomienda su sangre), ¿qué otra cosa debemos entender por vino nuevo, sino la inmortalidad de los cuerpos renovados? que cuando dice, Lo beberé con vosotros, también les promete la resurrección de los cuerpos para revestirse de inmortalidad. Pues con vosotros no se dice para el mismo tiempo, sino para la misma renovación. Pues también nos dice el Apóstol que hemos resucitado con Cristo (Col. II, 12), para que la esperanza de la cosa futura ya traiga presente alegría. Pero lo que dice que también aquello nuevo es de este fruto de la vid, significa que ciertamente resucitarán los mismos cuerpos según la renovación celestial, que ahora según la vejez terrenal van a morir. Si además entiendes la vid de cuya vejez bebe este cáliz de la pasión, como los mismos

judíos, se significó que también esa gente se unirá al cuerpo de Cristo por la novedad de vida, cuando, habiendo entrado la plenitud de los gentiles, todo Israel será salvo (Rom. XI, 25).

XLIV. [Ib. XXVI, 67.]

Lo que se dice, Le escupieron en el rostro, significó a aquellos que rechazan su presencia de gracia. Asimismo, como si le golpearan con puñetazos, aquellos que prefieren sus honores a él: le dan bofetadas en el rostro, aquellos que cegados por la perfidia afirman que no ha venido, como si exterminaran y rechazaran su presencia.

XLV. [Ib. XXVI, 69-74.]

Que Pedro, aún no consolidado en la fe, negó a Dios tres veces, parece haber designado el error perverso de los herejes. Pues el error de los herejes sobre Cristo se termina en tres géneros: o se equivocan sobre su divinidad, o sobre su humanidad, o sobre ambos.

XLVI. [Ib. XXVI, 58.]

Que Pedro seguía de lejos al Señor yendo a la pasión, significa que la Iglesia seguirá, es decir, imitará la pasión del Señor, pero de manera muy diferente: pues la Iglesia sufre por sí misma, pero él por la Iglesia.

XLVII. [Ib. XXVI, 39, 42, 44.]

Así como la tentación de la codicia es triple, también la tentación del temor es triple. A la codicia que está en la curiosidad, se opone el temor a la muerte: pues así como en aquella hay avidez de conocer cosas, así en esta hay miedo de perder tal conocimiento. A la codicia de honores o alabanzas, se opone el temor a la ignominia y las afrentas. A la codicia de placer, se opone el temor al dolor. No se entiende absurdamente, por tanto, que por la triple tentación de la pasión, el Señor oró tres veces para que pasara el cáliz; pero de tal manera que más bien se cumpliera la voluntad del Padre.

LIBRO SEGUNDO. Cuestiones sobre el Evangelio según Lucas.

CUEST. I. [LUC. cap. I, V. 13, 20.]

Que Zacarías orando por el pueblo, escucha del ángel, Tu oración ha sido escuchada; he aquí. Isabel tu esposa concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan; primero se debe atender a esto, porque no es verosímil, que cuando él ofrecía por los pecados del pueblo o por su salvación o redención, si de hecho el pueblo lo esperaba ofreciendo, que pudiera, dejando los votos públicos, un hombre anciano, teniendo una esposa anciana, orar por recibir hijos: especialmente porque nadie ora para recibir lo que desespera de recibir; tanto que él ya desesperaba de tener hijos, que no creyó al ángel que se lo prometía. Por lo tanto, lo que se le dice, Tu oración ha sido escuchada, se debe entender por el pueblo: de cuyo pueblo, puesto que la salvación y redención y abolición de los pecados iba a ser por Cristo, se le anuncia a Zacarías que nacerá un hijo, porque estaba destinado a ser el precursor de Cristo. Pero lo que se le dice al ángel que no cree, por el mismo ángel se le dice, Y he aquí estarás mudo hasta que se cumplan estas cosas en su tiempo, se debe entender que significó que la profecía hasta Juan, como si en sonido permaneciera en silencio inteligible; porque no se entendió, hasta que se cumplió en el Señor.

II. [Ib. V, 3-11.]

Lo que el Señor enseña desde la barca a las multitudes, simboliza este tiempo en el que el Señor enseña a las naciones desde la autoridad de la Iglesia. Que el Señor suba a la barca de Pedro y le pida que se aleje un poco de la tierra, significa que se debe usar la palabra con moderación hacia las multitudes, para que no se les enseñen cosas terrenales, ni se alejen tanto de lo terrenal hacia los profundos misterios que no puedan entenderlos en absoluto; o que primero se debe predicar a las naciones cercanas, para que lo que dice a Pedro, "Navega mar adentro y echa las redes para pescar", se refiera a las naciones más lejanas, a las que después se les predicó, como dice Isaías, "Levanta una señal para las naciones, a las que están cerca y a las que están lejos" (Isaías 62, 10 y 57, 19). Que las redes se rompieran por la abundancia de peces y las barcas se llenaran hasta casi hundirse, significa que habrá tal multitud de hombres carnales en la Iglesia, que incluso con la ruptura de la paz, saliendo de allí herejías y cismas, quedará y habrá tal pérdida de fe y buenas costumbres, que una Iglesia así parecerá decirle a Cristo, "Apártate de mí, porque soy un hombre pecador": como si, llena de multitudes carnales y casi sumergida por sus costumbres, rechazara de alguna manera el gobierno de los espirituales, en los que principalmente resalta la persona de Cristo. Pues los hombres no dicen esto con la voz de la lengua a los buenos ministros de Dios para rechazarlos; sino que con la voz de sus costumbres y acciones persuaden a que se alejen de ellos, para no ser gobernados por los buenos; y tanto más cuanto les rinden honor, y sin embargo con sus hechos les advierten que se alejen: para que Pedro haya significado su honor, cayendo a los pies del Señor; pero sus costumbres en lo que dijo, "Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador". Sin embargo, como el Señor no lo hizo; no se alejó de ellos, sino que los llevó a la orilla con las barcas; significa que en los hombres buenos y espirituales no debe haber esta voluntad, de que, perturbados por los pecados de las multitudes, abandonen el oficio eclesiástico para vivir más seguros y tranquilos. Que, por lo tanto, al llevar las barcas a tierra, dejándolo todo, lo siguieron Pedro, Santiago y Juan, puede significar el fin del tiempo, cuando se retiren completamente de las olas de este mundo aquellos que se han adherido a Cristo.

III. [Ib. V, 14.]

Lo que el Señor dice al leproso curado: "Ve, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para testimonio a ellos"; aquí parece aprobar el sacrificio que fue mandado por Moisés, aunque la Iglesia no lo ha recibido. Esto puede entenderse que lo mandó porque aún no había comenzado el sacrificio del Santo de los santos, que es su cuerpo. Pues aún no había ofrecido en su pasión su holocausto, con cuyo sacrificio confirmado en los pueblos creyentes, el mismo templo fue destruido, donde solían ofrecerse aquellos sacrificios. Esto se hizo según la profecía de Daniel (Dan. IX, 27). Pues no debía quitarse los sacrificios significativos, antes de que lo que se significaba fuera confirmado por el testimonio de los Apóstoles predicando, y la fe de los pueblos creyentes.

IV. [Ib. V, 18-25.]

Sobre el paralítico: puede entenderse que el alma, disuelta en sus miembros, es decir, en sus buenas obras, busca a Cristo, es decir, la voluntad de la Palabra de Dios; pero es impedida por las multitudes, a menos que abra los techos, es decir, los velos de las Escrituras, para que a través de ellas llegue al conocimiento de Cristo, es decir, descienda a su humildad con la piedad de la fe. Aquellos por quienes es bajado pueden significar a los buenos doctores en la Iglesia. Que sea bajado con la camilla significa que Cristo debe ser conocido por el hombre aún constituido en esta carne. Sin embargo, se le ordena llevar su camilla después de ser

sanado y regresar a su casa, para que se entienda que, con la remisión de los pecados, los miembros del alma se fortalecen con buena esperanza: para que ya no descansen en los placeres carnales como en una camilla la debilidad del alma; sino que más bien contenga las afecciones carnales, y tienda al descanso de los secretos de su corazón.

V. [Ib. III, 23.]

No es absurdo plantear la cuestión de cómo pudo tener José dos padres. Pues Mateo dice que fue engendrado por quien se llamaba Jacob (Mat. 1, 16). Pero Lucas dice que es hijo de quien se llamaba Helí. Tampoco aquí se puede decir que un hombre, como es evidente que suele suceder no solo entre los Gentiles, sino también entre los Judíos, tuviera dos nombres. Pues la serie de generaciones refuta fácilmente a quien lo piensa. ¿Qué dirá de los abuelos, bisabuelos, tatarabuelos y demás mayores, cuyos nombres diferentes cada evangelista teje en su narración? ¿Qué dirá finalmente del mismo número; ya que Lucas enumera cuarenta y tres generaciones desde el Señor hasta David, mientras que Mateo cuenta veintiocho o veintisiete desde David hasta el Señor? Pues por la gracia de un sacramento cierto, hasta la transmigración, y desde la misma transmigración, uno se cuenta dos veces. Por lo tanto, se debe investigar cómo pudo tener José dos padres. Y a mí, en el presente, se me ocurren tres causas, de las cuales el evangelista pudo haber seguido alguna. O bien uno era el padre natural de José, y otro lo había adoptado: o según la costumbre de los Judíos, cuando uno moría sin hijos, un pariente tomaba a su esposa, y el hijo que engendraba se atribuía al pariente muerto (Deut. XXV, 5, 6); de modo que, siendo José engendrado por uno para otro, se podría decir convenientemente que tenía dos padres. O bien un evangelista nombró al padre de quien fue engendrado; y el otro puso al abuelo materno, o a algún pariente mayor, a quien por el vínculo de consanguinidad, no absurdamente se le podría considerar en lugar de hijo de José, para que desde allí hasta David no tejiera el mismo orden de generaciones que Mateo. De estas causas, la que pusimos en segundo lugar parece débil: porque cuando alguien entre los Judíos resucita descendencia del hermano o pariente difunto, lo que nace suele recibir el nombre del difunto. Por lo tanto, o la adopción resuelve esta cuestión, o el origen de los mayores, o alguna otra causa que no se nos ocurre en el presente. Por lo tanto, es tanta la demencia de aquellos que más fácilmente se deslizan a acusar de mentira a algún evangelista, que buscar las causas por las cuales cada uno mencionó nombres diferentes de padres, que se dice temerariamente que solo hay dos causas por las cuales esto pudo hacerse correctamente, cuando sin embargo encontrar una sola para resolver la cuestión sería suficiente.

VI. [Ib. III, 23-38.]

Se puede preguntar qué significa que se encuentren setenta y siete personas según las generaciones que siguió Lucas. Pues el Señor también mencionó este número cuando Pedro le preguntó sobre el perdón de los pecados del hermano. Dijo que no solo siete veces, sino setenta veces siete se debe perdonar (Mat. XVIII, 22). Por lo cual se cree correctamente que con la mención de este número mandó perdonar todos los pecados; ya que el mismo por quien todos los pecados fueron perdonados, en la septuagésima séptima generación, según el testimonio del evangelista mencionado, se dignó venir humanamente a los hombres. Muy convenientemente, además, ya que hay otra serie de generaciones que Mateo explica (Id. I, 1-17), esta la siguió aquel que, después de bautizar al Señor, enumera las generaciones hacia arriba a través de setenta y siete personas. Pues también se expresa el regreso y como un ascenso a Dios, a quien después de la abolición de los pecados somos reconciliados, cuando se asciende hacia arriba a través de esas generaciones. Y ciertamente por el Bautismo se hace la remisión de todos los pecados, que se significa con ese número. Pues en el bautismo del Señor no se le perdonaron pecados al mismo Señor, sino que allí mismo la remisión de todos

los pecados, que por su misericordia y poder fue otorgada a los hombres, fue consagrada y señalada por aquel bautismo del Señor y por aquel número de generaciones. No sin razón el Señor vino en la septuagésima séptima generación para abolir todos los pecados, sino porque en ese número hay algo oculto que pertenece a la significación de todos los pecados. Esto debe considerarse en el once y el siete: que multiplicados por sí mismos, llegan a tanto; pues once veces siete o siete veces once, hacen setenta y siete. Pero once significa la transgresión del diez: como si en el diez se significara la perfección de la bienaventuranza, de donde también es aquello, que todos los contratados para la viña son remunerados con un denario (Id. XX, 2-10), lo cual sucede cuando la criatura septenaria se une a la Trinidad del Creador; es evidente que la transgresión del diez significa el pecado por la soberbia de querer tener algo más, y perdiendo la integridad y perfección. Esto se multiplica por siete, para que se signifique que la transgresión fue hecha por el movimiento del hombre pecador, es decir, transgrediendo la estabilidad de su perfección por el deseo de tener algo más; para que después por el profeta se dijera al alma, "¿Esperabas, si te apartabas de mí, tener algo más?" De este vicio de soberbia brotan todos los pecados: que sin embargo son perdonados, cuando se nos advierte que se debe perdonar setenta veces siete (Mat. XVIII, 22), para que entendamos que no se exceptúa ningún pecado, que al penitente y al que pide perdón a través de la Iglesia, cuya persona lleva Pedro, no se le perdone.

VII. [Ib. VI, 9.]

Lo que el Señor dice a los judíos, sobre el que tenía la mano derecha seca, "Os preguntaré si es lícito hacer el bien en sábado, o hacer el mal; salvar un alma, o perderla". Se pregunta, ya que curó el cuerpo, por qué preguntó así, "salvar un alma, o perderla". O porque hacía esos milagros por la fe, donde está la salvación del alma: o porque la misma sanación de la mano derecha, significaba la salvación del alma, que cesando de las buenas obras, parecía tener de algún modo la mano derecha seca: o puso alma por hombre, como suele decirse. Había tantas almas allí.

VIII. [Ib. VI, 38.]

Lo que el Señor dice, "Dad, y se os dará, medida buena, apretada, remecida y rebosante darán en vuestro regazo", se puede entender de aquella sentencia, donde dice en otro lugar, "Para que ellos os reciban en las moradas eternas" (Luc. XVI, 9): para que parezca que se dio el precepto al pueblo, lo que se dijo, "Dad, y se os dará". Según esta sentencia dice el Apóstol, "El que es enseñado en la palabra, comparta con el que le enseña, en todas las cosas buenas" (Gál. VI, 6). Pues no diría, "darán en vuestro regazo", si no fuera porque por los méritos de aquellos a quienes den incluso un vaso de agua fría en nombre de discípulo, merecerán recibir la recompensa celestial (Mat. X, 42).

IX. [Ib. VI, 39.]

Lo que el Señor dice, "¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?" tal vez lo añadió para que no esperaran recibir de los levitas aquella medida de la que dijo, "Darán en vuestro regazo", ya que a ellos daban los diezmos. A quienes llamó ciegos, porque no retenían el Evangelio; para que el pueblo comenzara a esperar más bien aquella remuneración a través de los discípulos del Señor: a quienes queriendo mostrar como sus imitadores, añadió también, "No es el discípulo superior al maestro".

X. [Ib. VI, 47, 48.]

Lo que el Señor dice, "Todo el que viene a mí, y oye mis palabras, y las hace, os mostraré a quién es semejante: es semejante a un hombre que edifica una casa, que cava profundamente, y pone el fundamento sobre la roca"; cavar dijo, con la humildad cristiana vaciar de su corazón todas las cosas terrenales, para que no adore a Dios por algo tal. Pero cavar profundamente, hasta llegar a la roca: seguir a Cristo gratuitamente, y adorarlo gratuitamente, para que no solo no se le adore por lo superfluo, sino ni siquiera por aquellas cosas que parecen necesarias para esta vida, y que sin culpa pueden ser tomadas y poseídas por cualquier justo, sin embargo, son temporales y terrenales.

XI. [Ib. VII, 32-35.]

Sobre los niños sentados en la plaza, y llamándose unos a otros, respondió en orden inverso a lo propuesto. Pues lo que dice, "Lamentamos, y no llorasteis", se refiere a Juan, cuya abstinencia de alimentos y bebida, significaba el luto de la penitencia. Pero lo que dice, "Tocamos la flauta, y no bailasteis", se refiere al mismo Señor, que al usar con los demás comida y bebida, figuraba la alegría del reino. Pero ellos no quisieron ni humillarse con Juan, ni alegrarse con Cristo; diciendo que aquel tenía demonio, y este glotón y bebedor, y amigo de publicanos y pecadores. Pero lo que añade, "Y la sabiduría fue justificada por todos sus hijos", muestra que los hijos de la sabiduría entienden, que ni en abstenerse, ni en comer está la justicia, sino en la ecuanimidad de soportar la escasez, y en la templanza de no corromperse por la abundancia, y en tomar o no tomar oportunamente aquellas cosas cuyo uso no, sino la concupiscencia debe ser reprendida. Pues no importa en absoluto qué alimentos tomes, para socorrer la necesidad del cuerpo, siempre que te adaptes en los géneros de alimentos a aquellos con quienes debes vivir. Ni importa mucho cuánto tomes; ya que vemos que el estómago de algunos se sacia más rápidamente, y sin embargo, ansían ardientemente, e intolerablemente, y completamente de manera vergonzosa, ese poco con el que se sacian: pero otros se sacian con un poco más, pero soportan la escasez más tolerablemente, y aun con las viandas puestas ante sus ojos, si es necesario o conveniente en el momento, las miran con tranquilidad, y no las tocan. Por lo tanto, importa más, no qué o cuánto de los alimentos tome alguien según la conveniencia de los hombres y su persona y según la necesidad de su salud; sino con cuánta facilidad y serenidad de ánimo carezca de tales cosas, cuando es necesario o conveniente carecer de ellas: para que se cumpla en el ánimo del cristiano lo que dice el Apóstol, "Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia (en todo y por todo estoy enseñado), y a estar saciado y a tener hambre, y a tener abundancia y a padecer necesidad: todo lo puedo en aquel que me fortalece" (Filip. IV, 12, 13); y aquello, "Ni si comemos, abundaremos; ni si no comemos, careceremos" (I Cor. VIII, 8); y aquello, "Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo". Y porque los hombres suelen alegrarse mucho con las comidas carnales, añadió, "en el Espíritu Santo" (Rom. XIV, 17). Por lo tanto, la sabiduría es justificada por todos sus hijos, que entienden que se debe tener tiempos oportunos para usar las cosas terrenales; pero que la facilidad de carecer de tales cosas, y el amor de disfrutar de las eternas, no debe variar por los tiempos, sino ser retenido perpetuamente.

XII. [Ib. VIII, 16.]

Lo que el Señor dice, "Nadie enciende una lámpara y la cubre con un vaso, ni la pone debajo de la cama; sino que la pone sobre el candelero, para que los que entren vean la luz"; quien esconde la palabra de Dios por temor a los inconvenientes carnales, ciertamente antepone la carne misma a la manifestación de la verdad, y de alguna manera cubre la palabra, temiendo predicar: por lo tanto, la llamó con el nombre de vaso y cama, bajo la cual dice que pone la lámpara quien hace esto.

XIII. [Ib. VIII, 26-39.]

Que en la región de los Gerasenos el Señor curó al que tenía una legión de demonios, se significan las naciones que servían a muchos demonios. Que estaba sin vestidura, no tenía fe, etc. Que no habitaba en casa, no descansaba en su conciencia. Que permanecía en los sepulcros, se deleitaba en obras muertas, es decir, en pecados. Pero que estaba atado con grilletes de hierro y cadenas, significa las leyes graves y duras de las naciones, con las que también en su república se contienen los pecados. Que incluso rompiendo tales ataduras era llevado por el demonio al desierto, significa que incluso transgrediendo esas leyes, era llevado por el deseo a aquellos crímenes que ya excedían la costumbre vulgar. Pero que los demonios fueron permitidos ir a los cerdos que pastaban en los montes, significa a los hombres inmundos y soberbios, a quienes los demonios dominan por los cultos idolátricos. Pero que fueron precipitados en el lago, significa que ya clarificada la Iglesia, y liberado el pueblo de las naciones del dominio de los demonios, realizan sus ritos sacrílegos en lo oculto, quienes no quisieron creer en Cristo, sumergidos en una curiosidad ciega y profunda. Pero que los pastores de los cerdos huyendo, anunciaron estas cosas, significa que algunos incluso de los principales de los impíos, aunque huyen de la ley cristiana, sin embargo, predicán su poder entre las naciones con asombro y admiración. Que los Gerasenos salen a ver lo que ha sucedido, y encuentran al hombre vestido, y en su sano juicio sentado a los pies de Jesús, y reconociendo lo que ha sucedido, ruegan a Jesús que se aleje de ellos, llenos de gran temor; significa a la multitud deleitada con su vida antigua, que honra, pero no quiere soportar la ley cristiana, mientras dicen que no pueden cumplirla; admirando sin embargo al pueblo fiel sanado de su perdida conversación anterior. Que aquel desea ya estar con Cristo, y se le dice, "Vuelve a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas te ha hecho Dios"; puede entenderse correctamente de aquella sentencia del Apóstol, cuando dice, "Deseo partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor; pero permanecer en la carne, es necesario por causa de vosotros" (Filip. I, 23). Para que así cada uno entienda que después de la remisión de los pecados debe volver a su buena conciencia, y servir al Evangelio también por la salvación de otros, para que luego descansa con Cristo: no sea que, deseando ya estar con Cristo prematuramente, descuide el ministerio de la predicación, acomodado a la redención fraterna.

XIV. [Ib. X, 1.]

De los setenta y dos discípulos: así como en veinticuatro horas se recorre todo el mundo y es iluminado por el sol, así el misterio de iluminar el mundo a través del Evangelio de la Trinidad se insinúa en los setenta y dos discípulos. Pues ponemos veinticuatro tres veces en setenta y dos. Pero el hecho de que los envíe de dos en dos es un sacramento de la caridad: ya sea porque hay dos preceptos de la caridad, o porque toda caridad no puede existir sin al menos dos personas.

Si la luz que hay en ti son tinieblas, ¡cuán grandes serán esas tinieblas! (Mat. VI, 23). La luz se refiere a la buena intención de la mente con la que actuamos; las tinieblas, en cambio, se refieren a las propias obras, ya sea porque los demás no saben con qué ánimo las hacemos, o porque nosotros mismos desconocemos su resultado, es decir, cómo saldrán y afectarán a aquellos a quienes las dedicamos con buena intención. Pues a menudo, aquellos a quienes les ofrecemos nuestros beneficios con misericordia y buena voluntad, los corrompen al usarlos mal.

Ahora vosotros, fariseos, limpiáis lo que está por fuera del vaso y del plato. De aquí en adelante, lo que dice sobre los fariseos y los doctores de la Ley es lo que anteriormente había dicho: Había decidido ir a Jerusalén (Luc. IX, 51), para decirles abiertamente sus verdaderos vicios y pecados.

Por eso se dice que el Espíritu Santo es el dedo de Dios, debido a la distribución de los dones que se dan en él, a cada uno lo suyo, ya sea de los hombres o de los ángeles. Pues en ninguna parte de nuestro cuerpo se manifiesta más la división que en los dedos.

El ayuno es ya sea en tribulación o en alegría: en tribulación, para propiciar a Dios por los pecados; en alegría, cuando los placeres carnales deleitan menos cuanto mayor es la abundancia de los espirituales. Por tanto, cuando el Señor fue preguntado por qué sus discípulos no ayunaban, respondió sobre ambos tipos de ayuno. Pues lo que dijo sobre que los hijos del esposo ayunarían cuando el esposo les fuera quitado, se refiere al ayuno en tribulación: entonces estarán desolados y en tristeza y luto, hasta que se les devuelvan las alegrías consoladoras por el Espíritu Santo. Una vez recibido este don, también celebrarán convenientemente el otro tipo de ayuno, que se hará por alegría, ya renovados en la vida espiritual. Antes de recibirlo, dice que son como vestiduras viejas a las que se les cose un parche nuevo, es decir, alguna parte de la doctrina que se refiere a la templanza de la nueva vida; porque si esto se hace, también la doctrina misma se rasga de alguna manera, cuya parte que vale para el ayuno de alimentos se transmite inoportunamente, cuando enseña un ayuno general, no solo de la concupiscencia de los alimentos, sino de toda alegría de las delectaciones temporales: cuyo parche, es decir, alguna parte que se refiere a los alimentos, dice que no debe impartirse a los hombres aún dados a la vieja costumbre; porque también de allí parece hacerse una rasgadura, y no conviene a la vejez misma. También dice que son como odres viejos, que se romperían más fácilmente con el vino nuevo, es decir, con los preceptos espirituales, que contenerlo. Pero ya eran odres nuevos cuando, después de la ascensión del Señor, se renovaban orando y esperando con deseo de su consuelo. Entonces recibieron el Espíritu Santo, y llenos de él, cuando hablaban en las lenguas de todos los que estaban presentes de diversas naciones, se dijo que estaban llenos de mosto (Hechos II, 1-13). Pues el vino nuevo ya había llegado a los odres nuevos.

Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó: se entiende que es Adán en el género humano. Jerusalén, la ciudad de la paz celestial, de cuya bienaventuranza cayó. Jericó, se interpreta como Luna, y significa nuestra mortalidad, porque nace, crece, envejece y muere. Los ladrones, el diablo y sus ángeles: quienes lo despojaron de la inmortalidad: y al imponerle heridas, persuadiéndole al pecado: lo dejaron medio muerto: porque en la parte en que puede entender y conocer a Dios, el hombre está vivo; en la parte en que se consume y es oprimido por los pecados, está muerto, y por eso se dice medio muerto. El sacerdote y el levita que lo vieron y pasaron de largo, significan el sacerdocio y el ministerio del Antiguo Testamento, que no podían ser útiles para la salvación. El samaritano, se interpreta como Custodio: y por eso el Señor mismo se significa con este nombre. La ligadura de las heridas es la contención de los pecados. El aceite, la consolación de la buena esperanza, por el perdón dado para la reconciliación de la paz. El vino, la exhortación a obrar con fervoroso espíritu. Su jumento, es la carne en la que se dignó venir a nosotros. Ser puesto sobre el jumento, es creer en la misma encarnación de Cristo. La posada, es la Iglesia, donde se restauran los viajeros que regresan de la peregrinación a la patria eterna. El otro día, es después de la resurrección del Señor. Los dos denarios, son o los dos preceptos de la caridad, que los Apóstoles recibieron por el Espíritu Santo para evangelizar a los demás: o la promesa de la vida presente y futura. Pues según las dos promesas se dijo, Recibirá en este siglo cien veces más, y en el siglo futuro la vida eterna (Mat. XIX, 29). El posadero, por tanto, es el Apóstol. Lo que sobrepasa, o es el

consejo que dice, De las vírgenes no tengo precepto del Señor, pero doy consejo (I Cor. VII, 25): o lo que también trabajó con sus manos, para no gravar a ninguno de los débiles en la novedad del Evangelio, cuando le era lícito vivir del Evangelio (II Tes. III, 8, 9).

Que Marta lo recibió en su casa, significa la Iglesia que ahora es, recibiendo al Señor en su corazón. María su hermana, que se sentaba a los pies del Señor y escuchaba su palabra, significa la misma Iglesia, pero en el siglo futuro, donde cesando de la obra y ministerio de la necesidad, disfrutará solo de la sabiduría. Marta, por tanto, estaba ocupada en mucho servicio; porque ahora la Iglesia se ejercita en tales obras. Pero el quejarse de que su hermana no la ayuda, da ocasión a la sentencia del Señor, que muestra que esta Iglesia está preocupada y turbada por muchas cosas, cuando hay una sola necesaria, a la que se llega por los méritos de este ministerio. A María, en cambio, dice que ha elegido la mejor parte, que no le será quitada: y por eso se entiende que es la mejor, porque por ella se tiende a aquella, y no será quitada; la del ministerio, aunque es buena, sin embargo será quitada, cuando pase la necesidad a la que se ministra.

El amigo al que se acude a medianoche para que preste tres panes, se pone como una similitud, según la cual alguien ruega a Dios en medio de la tribulación para que le conceda la inteligencia de la Trinidad, con la que se consuelen los trabajos de la vida presente. Pero es una comparación desde lo menor. Pues si un amigo humano se levanta de la cama y da, no por amistad, sino por molestia; cuánto más Dios da, que sin molestia concede generosamente lo que se pide, pero quiere ser pedido para que quienes piden se hagan capaces de sus dones. En los tres panes también se significa que la Trinidad es de una sola sustancia. El amigo, a quien dice que ha venido de camino, y no tiene qué poner ante él, se entiende como el apetito del hombre, que debe obedecer a la razón. Servía, sin embargo, a la costumbre temporal, que llama camino, por todo lo que pasa por el tiempo. Pero cuando el hombre se convierte a Dios, también ese apetito se retira de la costumbre - pero si no se consuela interiormente con el gozo de la doctrina espiritual, que predica la Trinidad del Creador, hay grandes angustias en el hombre, a quien oprime la carga mortal, cuando se le ordena abstenerse de las cosas que deleitan externamente, y no hay dentro una restauración de la alegría de la doctrina salvadora; y esa misma angustia es la medianoche, en la que se ve obligado a insistir vehementemente pidiendo, para recibir los tres panes. Pero lo que se le dice desde dentro, que la puerta ya está cerrada, y sus hijos están con él en la cama, significa el tiempo de hambre de la palabra, cuando la inteligencia se cierra, y aquellos que distribuyeron la sabiduría evangélica como pan, predicando por todo el mundo, ya son hijos del padre de familia en el descanso secreto con el Señor: y sin embargo, orando se logra que el que desea reciba entendimiento de Dios mismo, aunque falte el hombre por quien se predique la sabiduría.

Sobre el pan, el pez y el huevo, a los que puso contrarios, la piedra, la serpiente y el escorpión. Se entiende el pan como la caridad, por el mayor apetito, y tan necesario que sin ella las demás cosas no son nada, como sin pan la mesa está vacía: a lo que es contraria la dureza del corazón, que comparó con la piedra. El pez se entiende como la fe en las cosas invisibles, ya sea por el agua del Bautismo, o porque se captura de lugares invisibles; lo que también la fe, rodeada por las olas de este mundo, no se rompe, se compara correctamente con el pez: a lo que puso contrario la serpiente, por los venenos del engaño, que también al primer hombre le sembró mal aconsejando. En el huevo se entiende la esperanza; pues el huevo aún no es un ser perfecto, pero se espera al incubarlo: a lo que puso contrario el escorpión, cuyo aguijón venenoso es temido por detrás; así como lo contrario a la esperanza es mirar hacia atrás, cuando la esperanza de las cosas futuras se extiende hacia lo que está adelante.

Sobre lo que dice el Señor a los escribas o doctores de los judíos, Tomasteis la llave del conocimiento; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban, se lo prohibisteis: que en la Escritura de Dios no querían entender la humildad de Cristo, ni que otros la entendieran.

Lo que el Señor dice a los discípulos: El alma es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido, y ciertamente, si te dio lo que es más, cuánto más te dará lo que es menos.

Lo que el Señor dice, Tened ceñidos vuestros lomos; por la continencia del amor a las cosas mundanas: lámparas encendidas; para que lo hagáis con un verdadero fin y recta intención.

Lo que el Señor dijo a Pedro, ¿Quién, piensas, es el mayordomo fiel y prudente, a quien el Señor pondrá sobre su familia, para que les dé a su tiempo la medida de trigo? dice medida por el grado de capacidad de los oyentes.

Lo que el Señor dice, Cuando veáis una nube que se levanta del occidente, significa su carne resucitando de la muerte: pues desde entonces la lluvia de la predicación evangélica se ha derramado sobre todas las tierras. El viento del sur soplando antes del calor, las tribulaciones más leves antes del juicio.

Lo que el Señor dice, Si no podéis lo que es menos, cuando hablaba de aumentar la estatura del cuerpo; pues esto es lo menos, pero para Dios, obrar los cuerpos.

Cuando decía a los discípulos que no debían preocuparse por los alimentos, dijo, Y no os elevéis en lo alto. Pues primero el hombre busca esto para satisfacer la necesidad: pero cuando esto abunda, comienza también a enorgullecerse de tales cosas. Esto es como si un herido se jactara de tener muchos emplastos en casa, cuando sería bueno para él no tener heridas, y no necesitar ni siquiera un emplasto.

Convenientemente comparó al hidrónico con el animal que cayó en el pozo; pues sufría de humedad: así como a aquella mujer que había dicho que estaba atada por dieciocho años, y la liberaba de esa atadura, la comparó con un animal que se desata para llevarlo al agua. Comparamos correctamente al hidrónico con el rico avaro: pues así como aquel cuanto más abunda en humedad desordenada, tanto más sediento está; así este cuanto más abundante es en riquezas, que no usa bien, tanto más ardientemente las codicia. A aquella, sin embargo, tan enferma que no podía erguirse, la comparamos con un alma debilitada y oprimida por opiniones terrenales, de modo que no puede pensar en lo divino.

Lo que trae invitados a la cena de la ciudad, significa a los de la misma gente judía que creyeron, débiles por los pecados, no teniendo la soberbia de una justicia falsa que prohibía a sus líderes la gracia. Pero lo que ordenó traer a otros de los setos y caminos, cuando aún había lugar, significa a los gentiles, por las diversas vías de sectas y espinas de pecados.

El costo para construir una torre, las fuerzas para obtener el discipulado de Cristo: y diez mil que van a luchar con un rey que tiene veinte mil, la simplicidad del cristiano que va a luchar con la duplicidad del diablo, es decir, con sus engaños y artimañas, en el afecto de quien renuncia a todo lo que es suyo. Así concluye: Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. Entre todas estas cosas también se debe entender la misma vida temporal, que se debe poseer temporalmente, para que no te impida la eterna, quien la amenaza con quitarla. Así como de la torre no terminada, disuadió por el oprobio de los que dicen, Porque este hombre comenzó a edificar, y no pudo terminar: así en el rey con quien se ha de luchar, acusó esa misma paz, cuando dijo, Aún estando lejos, envía una embajada pidiendo lo que es de paz; significando que las amenazas de las

tentaciones inminentes del diablo no las soportan los hombres que no renuncian a todo lo que poseen, y hacen la paz con él consintiendo en cometer pecados. Pues edificar una torre, y luchar contra aquel rey, es ser discípulo de Cristo: pero tener los recursos para terminar la torre, y tener fuertes diez mil contra los veinte mil del rey, es renunciar a todo lo que es suyo.

La sal que ha perdido su sabor, el apóstata: La oveja perdida, todos los pecadores que se reconcilian con Dios por la penitencia. Que lleva sobre sus hombros, porque al humillarse a sí mismo levantó a tales. Por eso dijo aquellas noventa y nueve que dejó en el desierto, porque significan a los soberbios, como llevando soledad en el alma, mientras quieren ser vistos como únicos, a quienes les falta la perfección de la unidad. Pues cuando alguien se separa de la verdadera unidad, se separa por soberbia: deseando ser de su propia potestad, no sigue al uno, que es Dios. Por eso también en las noventa y nueve ovejas y en las nueve dracmas pone la significación de aquellos que, presumiendo de sí mismos, se anteponen a los pecadores que regresan a la salvación. Pues falta uno para que sean diez, y falta uno para que sean cien. Y si consideras esto a través de otros números. Pues también a novecientos noventa y nueve, falta uno para que sean mil, y a nueve mil novecientos noventa y nueve, falta uno para que sean diez mil. Por tanto, pueden variar por la brevedad y magnitud del número, a los que les falta uno para ser perfectos: pero ese mismo uno, sin variación en sí mismo, cuando se añade, perfecciona, a quien atribuye a todos los reconciliados por la penitencia, que se obtiene por la humildad.

El hombre que tiene dos hijos, se entiende como Dios respecto a dos pueblos, como dos ramas del género humano: una de aquellos que permanecieron en el culto de un solo Dios, otra de aquellos que hasta llegaron a adorar ídolos, abandonando a Dios. Desde el mismo principio de la creación de los mortales debe considerarse. El hijo mayor, por tanto, pertenece al culto de un solo Dios. Dice que el menor se fue a una región lejana. Pues pidió que se le diera la parte de la sustancia que le correspondía del padre, como un alma deleitándose en su propia potestad, lo que le es vivir, entender, recordar, sobresalir con ingenio ágil: todos estos son dones divinos, que al recibir en potestad por el libre albedrío, porque el padre dividió la sustancia entre los hijos, el hijo menor se fue a una región lejana, usando mal los bienes naturales, al mismo tiempo que abandonó al padre por el deseo de disfrutar de la criatura, dejando al mismo Creador.

Lo que dijo que no muchos días después ocurrió, que reuniendo todo se fue a una región lejana: porque no mucho después de la institución del género humano, le agradó al alma, por el libre albedrío, llevar consigo una especie de poder de su naturaleza, y abandonar a aquel por quien fue creada, confiando en sus propias fuerzas; las cuales se consumen tanto más rápido cuanto más se aleja de aquel por quien fueron dadas. Por tanto, llama a esta vida pródiga, amante de derrochar y vagar en las pompas exteriores, vaciándose interiormente, cuando alguien sigue lo que procede de ella, y deja a aquel que es más interior a sí mismo. La región lejana, por tanto, es el olvido de Dios. El hambre en esa región, es la indigencia de la palabra de verdad. Uno de los ciudadanos de esa región, algún príncipe aéreo perteneciente al ejército del diablo. Su villa, el modo de su potestad. Los cerdos, espíritus inmundos que estaban bajo él. Las algarrobas con las que alimentaba a los cerdos, doctrinas mundanas, resonando con estéril vanidad; de las cuales las alabanzas de los ídolos y las fábulas sobre los dioses de las naciones pertenecen, con diversos discursos y poemas, que deleitan a los demonios: de las cuales cuando este deseaba saciarse, quería encontrar algo sólido y recto que perteneciera a la vida bienaventurada, y no podía. Esto es lo que dice, Y nadie le daba.

En cuanto a sí mismo, habiéndose ya apartado de aquellas cosas externas que en vano seducen y engañan, y volviendo su intención hacia el interior de su conciencia, dijo: "¿Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen abundancia de pan?" ¿Cómo podía saber esto, él que estaba tan olvidado de Dios, como lo estaban todos los idólatras, si no fuera porque esta reflexión ya es de alguien que está recapacitando, cuando se predicaba el Evangelio? Ya podía tal persona observar a muchos predicando la verdad, entre los cuales algunos no eran guiados por el amor a la verdad, sino por el deseo de obtener beneficios mundanos. De estos decía el Apóstol que había algunos que anunciaban el Evangelio no con pureza (Filip. I, 17), pensando que la piedad era un medio de ganancia (I Tim. VI, 5). No anunciaban otra cosa, como los herejes; sino lo mismo que el apóstol Pablo, aunque no con el mismo espíritu que el apóstol Pablo: por lo cual también se les llama justamente jornaleros, tratando el mismo pan de la palabra en la misma casa; pero no llamados a la herencia eterna, sino contratados por una recompensa temporal. De tales personas se ha dicho: "En verdad os digo, ya han recibido su recompensa" (Mat. VI, 2). "Yo, pues," dice, "aquí perezco de hambre." Luego dice: "Me levantaré," porque estaba caído; "e iré," porque estaba lejos; "a mi padre," porque estaba bajo el príncipe de los cerdos. Las demás palabras son de alguien que medita en la penitencia en la confesión del pecado, pero aún no actúa. No dice ya al padre, sino que promete que lo dirá cuando llegue. Debes entender, por tanto, que esto de venir al padre se debe tomar ahora como establecerse en la Iglesia por la fe, donde ya puede haber una confesión legítima y fructuosa de los pecados. ¿Qué, pues, dice que dirá al padre? "Padre, he pecado contra el cielo y ante ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros." ¿Es esto "He pecado contra el cielo," lo mismo que "Ante ti"; de modo que llamó cielo a la misma altura del Padre: de donde también está aquello en el Salmo, "Desde el extremo del cielo es su salida" (Sal. XVIII, 7), cuando quería ser entendido por el mismo Padre? ¿O más bien, "He pecado contra el cielo," ante las almas santas, en las cuales está la sede de Dios: "Ante ti," sin embargo, en el mismo interior del santuario de la conciencia?

Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos: antes de que entendiera a Dios, pero ya buscándolo piadosamente, "Lo vio su padre." Pues a los impíos y soberbios se dice convenientemente que no los ve, como si no los tuviera ante sus ojos: pues se suele decir que sólo se tiene ante los ojos a quienes se ama. Y se conmovió de misericordia: y corriendo, se echó sobre su cuello. Pues el Padre no abandonó a su Hijo unigénito, en quien corrió y descendió hasta nuestra lejana peregrinación; porque Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (II Cor. V, 19): y el mismo Señor dijo: "El Padre que mora en mí, él hace sus obras" (Juan XIV, 10). ¿Qué es, pues, caer sobre su cuello, sino inclinar y humillar su brazo en su abrazo? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isa. LIII, 1), que es ciertamente nuestro Señor Jesucristo. Y lo besó. Consolar con la palabra de la gracia de Dios hacia la esperanza del perdón de los pecados, esto es, merecer del padre el beso de la caridad al regresar después de largos viajes. Y ya comienza a confesar los pecados estando establecido en la Iglesia. Y no dice todo lo que había prometido que diría, sino hasta aquello de "No soy digno de ser llamado tu hijo." Pues quiere que se haga por gracia aquello para lo cual se confiesa indigno por sus méritos. No añade lo que había dicho en aquella meditación, "Hazme como a uno de tus jornaleros." Pues cuando no tenía pan, deseaba ser incluso jornalero: lo cual, después del beso del padre, ya desdeña con gran nobleza.

La primera túnica es la dignidad que perdió Adán. Los siervos que la traen son los predicadores de la reconciliación. El anillo en la mano es el símbolo del Espíritu Santo por la participación de la gracia, que se significa bien con el dedo. El calzado en los pies es la preparación para evangelizar sin tocar lo terrenal. El becerro cebado es el mismo Señor, pero

según la carne, saciado de oprobios. Pero lo que manda que lo traigan, ¿qué otra cosa es sino que lo prediquen, y al anunciarlo lo hagan venir a las entrañas exhaustas de hambre del hijo hambriento? Pues también manda que lo maten, esto es, que insinúen su muerte: entonces es muerto para cada uno cuando cree que fue muerto. Y dice: "Comamos y regocijémonos": esto vale para la alegría, por aquello que dice a continuación: "Porque este mi hijo estaba muerto, y ha revivido; se había perdido, y ha sido hallado." Y estas son las fiestas y festividades que ahora se celebran, extendidas y difundidas por toda la tierra en la Iglesia. Pues aquel becerro se ofrece en el cuerpo y sangre del Señor al Padre, y alimenta a toda la casa.

Mientras tanto, el hijo mayor, el pueblo de Israel según la carne, no se ha ido a una región lejana, pero sin embargo no está en la casa. Está en el campo, es decir, en la misma opulencia hereditaria de la Ley y los Profetas, trabajando más bien en lo terrenal, y en cualquier consideración israelita. Pues muchos de ellos se han encontrado así, y a menudo se encuentran. Viniendo del campo, comenzó a acercarse a la casa, es decir, desaprobando el trabajo servil, consideró la libertad de la Iglesia en las mismas Escrituras. Oye la sinfonía y el coro, es decir, a los llenos del Espíritu predicando el Evangelio con voces concordantes: a quienes se les dijo: "Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos digáis lo mismo" (I Cor. I, 10). También oye el alma y el corazón de los que viven en concordia, en alabanzas a Dios. Llama a uno de los siervos y pregunta qué es aquello: ciertamente toma para leer a alguno de los Profetas, y en él, buscando, de algún modo pregunta de dónde se celebran estas fiestas en la Iglesia, en la cual no se ve a sí mismo. Le responde el siervo del padre, el profeta: "Tu hermano ha venido, y tu padre ha matado el becerro cebado, porque lo ha recibido sano." Pues tu hermano estaba en los confines de la tierra. Pero de ahí la mayor exultación de los que cantan al Señor un cántico nuevo, porque su alabanza es desde los confines de la tierra (Isa. XLII, 10); y por aquel que estaba ausente, fue muerto el varón puesto en la plaga, y sabiendo llevar la debilidad (Id. LIII, 3); porque a quienes no se les había contado de él, vieron; y quienes no oyeron, entendieron (Id. LII, 15).

Pero se indigna incluso ahora, y aún no quiere entrar. Cuando, pues, haya entrado la plenitud de los gentiles, saldrá en el momento oportuno su padre, para que ya todo Israel sea salvo: a quien en parte se le ha hecho ceguera como ausencia en el campo, hasta que la plenitud del hijo menor, establecido lejos en la idolatría de los gentiles, haya regresado para entrar a comer el becerro (Rom. XI, 25). Pues habrá alguna vez una llamada abierta de los judíos a la salvación del Evangelio. A esta manifestación de la llamada, la llama salida del padre para rogar al hijo mayor.

Luego, lo que responde el mismo hijo mayor tiene dos cuestiones: cómo se entiende que ese pueblo nunca haya pasado por alto el mandato de Dios; y a quién llama el cabrito que nunca recibió para festejar con sus amigos. Pero sobre el mandato no pasado por alto, fácilmente se puede entender que no se dice de todo mandato, sino de uno principalmente necesario, por el cual se le ordenó no adorar a ningún otro Dios que al único Creador de todo (Éxodo XX, 3): ni este hijo se entiende en todos los israelitas, sino en aquellos que nunca se volvieron de un solo Dios a los ídolos. Pues aunque este hijo, como puesto en el campo, deseaba cosas terrenales, sin embargo, las deseaba de un solo Dios, aunque fueran comunes con los animales. De donde en el Salmo, de la persona de la Sinagoga, que se interpreta Asaf, se toma convenientemente lo dicho: "Como un animal fui ante ti, y yo siempre contigo" (Sal. LXXII, 23). Lo cual también se comprueba con el testimonio de su padre, cuando dice: "Tú estás siempre conmigo." Pues no lo reprende como si mintiera, sino que aprobando su perseverancia con él, lo invita a la participación de una exultación más excelente y gozosa.

¿Quién es, pues, el cabrito que nunca recibió para festejar? Sin duda, el pecador suele ser significado con el nombre de cabrito. Pero lejos esté que entienda al Anticristo. No encuentro salida para esta sentencia. Pues es muy absurdo que a quien se le dice: "Tú estás siempre conmigo," haya deseado esto del padre, que creyera en el Anticristo. Ni en aquellos judíos que van a creer en el Anticristo es lícito entender a este hijo. ¿Cómo, pues, festejaría con ese cabrito, si él mismo fuera el Anticristo, quien no creería en él? O si esto es festejar con la muerte del cabrito, que es alegrarse por la perdición del Anticristo, ¿cómo dice el hijo que lo recibió el padre que esto no le fue concedido, cuando todos los hijos de Dios se alegrarán por la condenación de ese adversario? Sin duda, pues (lo cual en un asunto muy oscuro digo sin prejuicio de una investigación más diligente), se queja de que el mismo Señor le fue negado para festejar, mientras lo considera pecador. Pues cuando es cabrito para esa gente, es decir, cuando lo considera violador del sábado y profanador de la Ley, no mereció alegrarse con sus festines: de modo que lo que dice: "Nunca me diste un cabrito para festejar con mis amigos," sea como si dijera: aquel que me parecía cabrito, nunca me lo diste para festejar, no concediéndome a él mismo en cuanto me parecía cabrito. Pero lo que dice, "con mis amigos," o se entiende de la persona de los príncipes con el pueblo, o de la persona del pueblo de Jerusalén con los demás pueblos judíos. Las meretrices con las que se acusa al hijo menor de haber disipado su sustancia, se entienden correctamente como supersticiones, dejando el único legítimo matrimonio de la palabra de Dios, para fornicar con la turba de demonios por la más vil codicia.

¿Qué significa luego que cuando el padre decía: "Tú estás siempre conmigo," lo cual ya se ha tratado, añadió: "Y todo lo mío es tuyo"? En lo cual primero se debe tener cuidado de no entender que se dijo: "todo lo mío es tuyo," como si no fuera también del hermano, para que, como en una herencia terrenal, sufras angustias, cómo pueden ser todas del mayor, si también el menor tiene allí su parte. Pues así son tenidas todas las cosas por los hijos perfectos y purificados, y ya inmortales, que son todas de cada uno, y todas de todos. Pues así como la codicia no tiene nada sin angustia, así la caridad no tiene nada con angustia. Pero, ¿cómo todo? ¿Acaso también los ángeles, dice alguno, y las sublimes virtudes y potestades, y todos los ministerios celestiales de Dios, se han de considerar sometidos en posesión a tal hijo? Si tomas la posesión así, que su poseedor sea el dueño; no ciertamente todo. Pues no serán dueños, sino más bien consortes de los ángeles, de quienes se ha dicho: "Serán iguales a los ángeles de Dios" (Mat. XXII, 30). Pero si la posesión se entiende así, como decimos correctamente que las almas poseen la verdad; no encuentro por qué no podamos aceptar verdaderamente y propiamente todo lo que se ha dicho todo. Pues no lo decimos así, que llamemos a las almas dueñas de la verdad, que decimos que son poseídas por ellas. O si el nombre de posesión nos impide en este sentido, también eso se quite. Pues no dijo el padre: "Todo te daré en posesión," o "Todo lo mío posees o poseerás"; sino: "Todo lo mío es tuyo." Sin embargo, no son tuyas como de Dios mismo. Pues lo que está en nuestro dinero, puede ser alimento o adorno de nuestra familia, o algo de este tipo. Y ciertamente, cuando el mismo padre podría decirse correctamente suyo, no veo qué de él no podría llamar correctamente suyo, de diversos modos. Pues cuando obtengamos aquella bienaventuranza, lo superior será nuestro para ver, lo igual será nuestro para convivir, lo inferior será nuestro para dominar. Alégrese, pues, con seguridad el hermano mayor, porque el hermano menor estaba muerto, y ha revivido; se había perdido, y ha sido hallado.

XXXIV. [Ib. XVI, 1-9.]

En el mayordomo que el Señor expulsaba de su mayordomía, y lo alabó porque se había provisto para el futuro, no debemos tomar todo para imitar. Pues no es lícito atribuir fraude a nuestro Señor, para que hagamos limosnas de ese mismo fraude: ni es lícito entender que

aquellos a quienes queremos recibir en las moradas eternas sean deudores de Dios y de nuestro Señor; ya que se significan aquí justos y santos, quienes introducirán en las moradas eternas a quienes hayan compartido sus bienes terrenales con sus necesidades; de quienes también dice que si alguien da a uno de ellos un vaso de agua fría solamente en nombre de discípulo, no perderá su recompensa (Mat. X, 42): pero también se toman estas similitudes en sentido contrario, para que entendamos que si pudo ser alabado por el Señor quien hacía fraude, cuánto más agradarán al Señor Dios quienes hacen esas obras según su mandato; como también del juez de iniquidad que era interpelado por la viuda, llevó la comparación al juez Dios, a quien de ninguna manera se puede comparar el juez iniquo (Luc. XVIII, 2-8). Pero lo que hizo que de cien medidas de aceite, el deudor escribiera cincuenta; y de cien medidas de trigo, ochenta; no creo que valga para otra cosa, sino para que lo que se hace en la Iglesia de Cristo, como se hacía en los levitas, abunde su justicia sobre la de los escribas y fariseos (Mat. V, 20), para que cuando aquellos daban diezmos, estos den la mitad: como no de los frutos, sino de sus mismos bienes hizo Zaqueo (Luc. XIX, 8); o ciertamente duplique el diezmo, para que dando dos diezmos supere los gastos de los judíos. Pues la riqueza de iniquidad es llamada así por el Señor, porque la riqueza se interpreta como Mammona, y estas no son riquezas sino para los inicuos, quienes en ellas constituyen su esperanza y abundancia de bienaventuranza: pero para los justos, cuando poseen estas cosas, es ciertamente esta riqueza, pero no son riquezas para ellos sino celestiales y espirituales, con las cuales suplen espiritualmente su indigencia, excluida la pobreza de miseria, se enriquecen con la abundancia de bienaventuranza.

XXXV. [Ib. XVI, 12.]

Lo que dice: "Si en lo ajeno no fuisteis fieles," llama ajenas a las facultades terrenales; porque nadie las lleva consigo al morir. Esto es lo que dice David: "No temas cuando se enriquezca el hombre, y cuando se multiplique la gloria de su casa; porque no, cuando muera, llevará todo, ni descenderá con él su gloria" (Sal. XLVIII, 17, 18).

XXXVI. [Ib. XVI, 13.]

Lo que dice: "O aborrecerá a uno y amará al otro; o se adherirá a uno y despreciará al otro," no se debe distinguir sin consideración. Pues no se dijo al azar o como si fuera al azar. Nadie, pues, interrogado si ama al diablo, responde que lo ama, sino más bien que lo aborrece: a Dios, sin embargo, todos casi proclaman que lo aman. Por tanto, o aborrecerá a uno y amará al otro, como debe hacerse: aborrecerá, ciertamente, al diablo, amará a Dios. Pero lo que añadió: "O se adherirá a uno y despreciará al otro": se adherirá, ciertamente, al diablo, cuando sigue como sus premios temporales; despreciará, sin embargo, a Dios. No dijo, aborrecerá, sino despreciará: como suelen posponer sus amenazas a sus deseos, quienes se halagan a sí mismos con la bondad de él hacia la impunidad. A quienes se les dice por Salomón: "Hijo, no añadas pecado sobre pecado, y digas, La misericordia de Dios es grande" (Ecli. V, 5, 6).

XXXVII. [Ib. XVI, 16.]

El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Mat. XI, 12). No solo para que alguien desprecie estas cosas, sino también las lenguas de los que se burlan de él despreciando tales cosas: pues con esta violencia hecha invade de algún modo como un violento saqueador el reino de los cielos. Pues esto añadió el Evangelista, cuando dijo que Jesús fue burlado por los fariseos, cuando hablaba de despreciar las riquezas terrenales.

XXXVIII. [Ib. XVI, 19-31.]

Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día, y así sucesivamente. Alegóricamente, esto puede interpretarse de manera que en el rico se entiendan los soberbios judíos, ignorantes de la justicia de Dios y queriendo establecer la suya propia (Rom. X, 5). La púrpura y el lino fino representan la dignidad del reino. Y se os quitará, dice, el reino de Dios y se dará a una nación que produzca frutos de justicia (Mat. XXI, 43). El banquete espléndido es la jactancia de la Ley, en la cual se gloriaban, abusando de ella más para la pompa de la proclamación que para la necesidad de la salvación. El mendigo llamado Lázaro, que se interpreta como Ayudado, significa al necesitado, como un gentil o un publicano, que es tanto más ayudado cuanto menos presume de la abundancia de sus facultades. Tales eran los dos que oraban en el templo; uno era publicano y el otro fariseo. El rico, por tanto, dice como si estuviera saciado de justicia, no siendo contado entre los bienaventurados que tienen hambre y sed de justicia (Id. V, 6): Te doy gracias porque no soy como este publicano. El pobre, en cambio, que desea ser ayudado, dice: Sé propicio a mí, pecador (Luc. XVIII, 10-13). Sin embargo, desea saciarse de las migajas que caen de la mesa del rico, yaciendo a la puerta. Pues no era admitido a sus banquetes, quien ni bien los usaba ni al necesitado daba; como un escriba que tiene las llaves del reino de los cielos, ni entra él ni permite entrar a otros (Id. XI, 52). Las migajas que caen de la mesa del rico son ciertas palabras de la Ley, que aquellos, jactándose, casi arrojaban al suelo cuando hablaban con soberbia al pueblo. Las llagas son confesiones de pecados, como malos humores que brotan de las entrañas más íntimas. Los perros que las lamían son hombres malvados amantes del pecado, que con lengua suelta no cesan de alabar las malas obras que otro, gimiendo y confesando, detesta. El seno de Abraham es el descanso de los bienaventurados pobres, de quienes es el reino de los cielos, en el cual son recibidos después de esta vida. La sepultura del infierno es la profundidad de los castigos que devora a los soberbios e inmisericordes después de esta vida. Sin embargo, el Señor dice en esta narración que ven de lejos y sienten el descanso de los bienaventurados, a donde ciertamente no pueden pasar. Pero el hecho de que quiera que se le refresque la lengua, cuando en la llama ciertamente todo él ardía, significa lo que está escrito: Muerte y vida están en poder de la lengua (Prov. XVIII, 21); y porque con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 10), lo cual por soberbia él no hizo. El extremo del dedo, o la mínima operación de misericordia, significa la ayuda que se presta por el Espíritu Santo. Cuando se le dice: Recibiste bienes en tu vida, se toca aquello de que amó la felicidad del mundo, y no amó otra vida más allá de esta en la que se hinchaba de soberbia. Pero dice que Lázaro recibió males, porque entendió que la mortalidad de esta vida, los trabajos, dolores y miserias son penas del pecado: de lo cual está escrito: Éramos por naturaleza hijos de ira, como los demás (Efe. II, 3); de lo cual está escrito de nuevo, ni siquiera el niño cuya vida es de un día sobre la tierra está limpio de pecado (Job XIV, 4, según LXX), porque todos ciertamente en Adán morimos (I Cor. XV, 22), quien por transgresión se hizo mortal.

Pero lo que dice, que a esos lugares donde son atormentados los impíos, los justos, incluso si quisieran, no pueden pasar, ¿qué otra cosa significa sino que después de esta vida, una vez recibidos en prisión, para que no salgan de allí hasta que paguen el último cuadrante (Mat. V, 26), por la inmutabilidad de la sentencia divina, ningún auxilio de misericordia puede ser prestado por los justos, incluso si quisieran prestarlo? Con lo cual advierte, por supuesto, que en esta vida los hombres ayuden a quienes puedan, para que después, incluso si son bien recibidos, no puedan ayudar a aquellos a quienes aman. Pues aquello que está escrito: Para que ellos también os reciban en las moradas eternas (Luc. XVI, 9), no está escrito de los soberbios e inmisericordes, como se demuestra que fue este rico, que merezcan ser recibidos por los santos en aquellas moradas; sino de aquellos que se han hecho amigos con obras de

misericordia muy diligentes: aunque ni siquiera los justos los reciben como por propio poder, como si gratificaran; sino por la promesa y permiso de aquel que los aconsejó para que se hicieran amigos, y que se dignó ser alimentado, vestido, hospedado, visitado en cada uno de sus pequeños, por la bondad del libertador. Aunque esa recepción, si ocurre inmediatamente después de esta vida, o al final del mundo en la resurrección de los muertos y la última retribución del juicio, es una cuestión no menor: pero cuandoquiera que ocurra, ciertamente de tales como se insinúa que fue aquel rico, ninguna Escritura promete que ocurra.

Los cinco hermanos que dice tener en la casa de su padre, significan a los judíos. Pues se les llama cinco, porque estaban bajo la Ley que fue dada por Moisés, quien escribió cinco libros. Pero el hecho de que pida que Lázaro sea enviado a sus hermanos, sintió que él mismo era indigno de dar testimonio de la verdad: y porque no había obtenido que se le refrescara un poco, mucho menos cree que pueda ser liberado del infierno para la predicación de la verdad. Lo que Abraham dice, Si quieren creer, tienen a Moisés y a los Profetas, no los antepuso al Evangelio; sino porque el Evangelio, como dice el Apóstol, tiene testimonio de la Ley y los Profetas (Rom. III, 21), creyendo en ellos significa que pueden llegar al Evangelio: como en otro lugar el mismo Señor dice, Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí: porque él escribió de mí (Juan V, 46). Finalmente, a esto se refiere lo que también dice después, Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco creerán si alguno resucita de entre los muertos: porque Moisés y los Profetas anunciaron a aquel que resucitó de entre los muertos, incluso sobre esto mismo de que resucitaría de entre los muertos, a quienes no creyendo ciertamente tampoco quieren creer en Cristo. Mucho menos, por tanto, pueden creer a cualquiera que resucite de entre los muertos, cuando no creen en aquel cuya resurrección Moisés y los Profetas predicaron, a quienes no quieren creer.

También puede entenderse de otra manera esta narración, de modo que por Lázaro aceptemos que se significa al Señor, yaciendo a la puerta de aquel rico, porque se arrojó a los oídos de los judíos soberbios con la humildad de la encarnación: deseando saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico, buscando de ellos al menos las mínimas obras de justicia, que no usurparan para su propia mesa, es decir, para su propio poder por soberbia; que obras de misericordia y humildad, aunque mínimas y sin disciplina y perseverancia de buena vida, al menos a veces o por casualidad hicieran, como suelen caer las migajas de la mesa. Las llagas son las pasiones del Señor por la debilidad de la carne, que se dignó asumir por nosotros. Los perros que las lamían, por tanto, son los gentiles, a quienes los judíos llamaban hombres pecadores e inmundos, y sin embargo, las pasiones del Señor en los Sacramentos de su cuerpo y sangre, ya por todo el orbe las lamen con la mayor devoción. Ya el seno de Abraham se entiende como el secreto del Padre al que, después de la pasión, resucitando fue asumido el Señor: por lo cual creo que se dice que fue llevado por los ángeles, porque esa misma recepción por la cual se retiró al secreto del Padre, los ángeles la anunciaron a los discípulos que miraban. Pues al decir, ¿Por qué estáis mirando al cielo? (Hech. I, 11), ¿qué otra cosa dijeron, sino que de ninguna manera los ojos de los hombres pueden penetrar hasta aquel secreto al que iba el Señor, cuando en presencia de los discípulos era llevado al cielo? Ya lo demás puede entenderse según la exposición anterior: porque el secreto del Padre se entiende bien, donde incluso antes de la resurrección las almas de los justos viven con Dios. Pues tanto más verdaderamente está Dios en todas partes, cuanto en ningún lugar está contenido, como también se dijo al ladrón, Hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43): de donde nunca se apartó el Hijo de Dios, aunque por la carne asumida padeciera tanto por los hombres en la ciudad de los judíos.

XXXIX. [Ib. XVII, 5-10.]

Lo que dijeron los discípulos al Señor, Aumentanos la fe, puede ciertamente entenderse que pidieron que se les aumentara esta fe, por la cual se creen las cosas que no se ven: pero sin embargo, también se dice fe de las cosas, cuando no se cree por palabras, sino por las mismas cosas presentes; lo cual sucederá cuando ya por la visión manifiesta se ofrecerá a los santos la misma Sabiduría de Dios por la cual fueron hechas todas las cosas (Sal. CIII, 24). De esta fe de las cosas y de aquella luz presentada, quizás el apóstol Pablo dice: Porque en él se revela la justicia de Dios de fe en fe (Rom. I, 17). Dice también en otro lugar: Pero nosotros, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (II Cor. III, 18). Pues así como aquí dice, de gloria en gloria; así también allí, de fe en fe: de la gloria, por supuesto, del Evangelio, por el cual ahora los creyentes son iluminados, a la gloria de la misma verdad inmutable y manifiesta, de la cual entonces, transformados, disfrutarán; así de la fe de las palabras por las cuales ahora creemos lo que aún no vemos, a la fe de las cosas por la cual en la eternidad obtendremos lo que ahora creemos. Según este sentido también se dijo aquello por Juan en la Epístola a los Partos: Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2). Pues de dónde ahora somos hijos de Dios, sino porque nos dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre (Juan I, 12), para que veamos en enigma (I Cor. XIII, 12)? ¿De dónde, sin embargo, entonces seremos semejantes a él, sino porque, como él mismo dice, lo veremos tal como es? Lo cual también se dijo, Entonces, sin embargo, cara a cara.

Por tanto, aquella fe de la verdad más presente puede parecer a muchos no entendidos que nuestro Señor no respondió a sus discípulos a lo que habían pedido. Pues cuando dijeron al Señor, Aumentanos la fe, él les dijo: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este árbol de morera, Desarráigate y plántate en el mar, y os obedecería. Luego sigue: ¿Quién de vosotros, teniendo un siervo arando o pastoreando, que al regresar del campo le diga inmediatamente, Pasa, recuéstate; y no le diga, Prepara lo que cene, y cíñete, y sírveme hasta que coma y beba, y después de esto tú comerás y beberás? ¿Acaso tiene gratitud al siervo porque hizo lo que se le mandó? No lo creo. Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: Siervos inútiles somos; lo que debíamos hacer, hicimos. ¿Qué tienen que ver estas cosas con lo que se dijo al Señor, Aumentanos la fe, difícilmente se ve, a menos que entendamos que de fe en fe, es decir, de esta fe en la que se ministra a Dios, a aquella fe en la que disfrutaban de Dios, significaron ser transferidos. Pues la fe será aumentada, cuando primero por las palabras que predicán, luego por las cosas que aparecen, se creará. Pero aquella contemplación tiene el máximo descanso, que se otorga en el reino eterno de Dios; y aquel máximo descanso es la recompensa de los trabajos justos, que se realizan en el ministerio de la Iglesia. Y por eso, aunque en el campo are el siervo o pastoree, es decir, en la vida secular o terrena trate negocios, o sirva a hombres necios como a bestias; es necesario que después de esos trabajos venga a casa, es decir, se una a la sociedad de la Iglesia; trabaje también allí sirviendo a su Señor hasta que coma y beba (pues también hambriento buscó frutos en el árbol [Mat. XXI, 18, 19], y a la samaritana le pidió agua sediento [Juan IV, 7]): coma, por tanto, y beba la confesión y la fe de las naciones, sirviendo, es decir, evangelizando sus siervos. A lo cual también se refiere aquello que primero les respondió sobre el grano de mostaza, que primero deben tener fe necesaria para esta vida presente, que parece mínima mientras el tesoro está en vasos de barro, pero con gran fuerza hierve y germina. Nuestro Señor Jesucristo, que quiere ser alimentado por el ministerio de sus siervos, es decir, transferir a su cuerpo como sacrificados y comidos a los creyentes, también aquí los alimenta con la palabra de fe y el sacramento de su pasión. Pues no vino para ser servido, sino para servir (Mat. XX, 28). Digan, por tanto, aquellos siervos por el grano de

mostaza a este árbol de morera, es decir, al mismo Evangelio de la cruz del Señor, por los frutos sangrientos, como heridas colgando en el madero, que proporcionarán alimento a los pueblos; digan, por tanto, a él que se desarraigue de la infidelidad de los judíos, y se trasplante y plante en el mar de los gentiles: pues con este servicio doméstico servirán al Señor hambriento y sediento. Entonces finalmente busquen disfrutar eternamente de los alimentos incorruptibles de la divina Sabiduría, cuando digan, Siervos inútiles somos, lo que debíamos hacer, hicimos: nada nos queda por hacer; hemos completado el curso, hemos terminado la lucha, nos queda la corona de justicia (II Tim. IV, 7, 8). Todo puede decirse de aquel inefable disfrute de la verdad: y tanto más todo puede decirse, cuanto menos dignamente puede decirse algo. Pues es luz de los iluminados, y descanso de los ejercitados, y patria de los que regresan, y alimento de los necesitados, y corona de los vencedores: y cualquier bien temporalmente transitorio que por partes de la creación el error de los infieles busca, la piedad de los hijos lo encontrará más verdadero y eternamente permaneciendo en el Creador de todo.

XL. [Ib. XVII, 12-19.]

En los diez leprosos que el Señor sanó de esta manera, cuando dijo, Id, mostraos a los sacerdotes, muchas cosas pueden ser preguntadas que justamente mueven a los que preguntan. No solo sobre el número, qué significa que sean diez, y que uno de ellos solo dé gracias; pues estas cosas se preguntan libremente, de modo que incluso no investigadas, o no impiden o no mucho la intención del lector: sino más bien aquellas, por qué los envió a los sacerdotes, para que al ir fueran limpiados. Pues no se encuentra que haya enviado a ninguno de aquellos a quienes prestó estos beneficios corporales, sino a los leprosos. Pues también había sanado de la lepra a aquel a quien dijo: Ve, muéstrate a los sacerdotes, y ofrece por ti el sacrificio que mandó Moisés, en testimonio para ellos (Luc. V, 13, 14). Luego, qué clase de limpieza espiritual puede entenderse de aquellos, a quienes reprende por ingratos. Pues según el cuerpo es fácil ver que un hombre no tiene lepra, y sin embargo ser de ánimo no bueno: pero según el significado de este milagro, perturba al que considera, cómo puede llamarse limpio al ingrato.

Por tanto, debe buscarse qué significa la misma lepra. Pues no se dice sanados, sino limpiados los que carecieron de ella: es, en efecto, un defecto de color, no de salud o integridad de los sentidos y miembros. Los leprosos, por tanto, no absurdamente pueden entenderse como aquellos que, no teniendo el conocimiento de la verdadera fe, profesan varias doctrinas de error. Pues no ocultan su ignorancia, sino que la presentan a la luz como la máxima pericia, y con jactancia de discurso la ostentan. No hay, por cierto, doctrina falsa que no mezcle alguna verdad. Verdades, por tanto, mezcladas desordenadamente con falsedades, apareciendo en una sola disputa o narración de un hombre, como en el color de un solo cuerpo, significan la lepra, como si con tintes de colores verdaderos y falsos variara y manchara los cuerpos humanos. Estos, sin embargo, deben ser tan evitados por la Iglesia, que si es posible, alejados de lejos, con gran clamor interpelen a Cristo: como estos diez se detuvieron a lo lejos, y alzaron la voz, diciendo: Jesús maestro, ten misericordia de nosotros. Pues también el hecho de que lo llamen maestro, con lo cual no sé si alguien ha interpelado al Señor por medicina corporal, creo que significa que la lepra es una falsa doctrina, que el buen maestro limpia.

Sacerdocio de los judíos, casi ninguno de los fieles duda que fue una figura del futuro sacerdocio real, que está en la Iglesia, en el cual son consagrados todos los que pertenecen al cuerpo de Cristo, el sumo y verdadero príncipe de los sacerdotes. Pues ahora todos son

ungidos, lo que antes solo se hacía a reyes y sacerdotes: y lo que Pedro dice escribiendo al pueblo cristiano, "Sacerdocio real" (1 Pedro 2, 9); declaró que ambos nombres convenían a aquel pueblo al que pertenecía esa unción. Por lo tanto, los demás vicios, como enfermedades y casi miembros del alma y de los sentidos, el Señor los sana y corrige por sí mismo interiormente en la conciencia y el entendimiento: pero la doctrina de instruir a través de los Sacramentos, o de catequizar mediante la palabra sonora y la lectura, donde se entiende un color verdadero y sincero, porque está a la vista y es eminentemente visible (pues no se realiza en pensamientos ocultos, sino en operaciones manifiestas), se ha atribuido propiamente a la Iglesia. Así que también Pablo, al escuchar la voz del Señor, "¿Por qué me persigues?" y "Yo soy Jesús, a quien tú persigues"; sin embargo, fue enviado a Ananías, para que por aquel sacerdocio que está constituido en la Iglesia, recibiera el sacramento de la doctrina de la fe, y se aprobara su verdadero color (Hechos 9, 4-19). No porque el Señor no pueda hacer todo por sí mismo; pues, ¿quién más hace estas cosas incluso en la Iglesia? sino para que la misma sociedad de fieles congregados, aprobando mutuamente y comunicando la doctrina de la verdadera fe en todo lo que se dice con palabras, o se señala con sacramentos, como una sola especie de color verdadero, lo cubra. A esto también se refiere lo que el mismo apóstol dice: "Luego, después de catorce años, subí a Jerusalén con Bernabé, llevando también a Tito. Subí, sin embargo, según una revelación; y expuse a ellos el Evangelio que predico entre los gentiles, pero en privado a los que parecían ser algo, no sea que corra o haya corrido en vano." Y poco después: "Cuando reconocieron, dice, la gracia que me fue dada, Jacobo, Pedro y Juan, que parecían ser columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra de la comunión" (Gálatas 2, 1, 2, 9). Pues esa misma colaboración mostraba una sola especie de doctrina excluyendo toda variedad: lo que también aconseja saludablemente a los corintios, diciendo, "Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos digáis lo mismo" (1 Corintios 1, 10). También Cornelio, aunque sus limosnas fueron aceptadas y sus oraciones escuchadas, se le ordena enviar a Pedro por la unidad de la doctrina y los Sacramentos, como si se le dijera a él y a los suyos, "Id, mostraos a los sacerdotes." Pues cuando iban, fueron limpiados. Ya había llegado Pedro a ellos, pero aún no habían llegado espiritualmente a los sacerdotes, al no haber recibido el sacramento del Bautismo; y sin embargo, por la infusión del Espíritu Santo y la admiración de sus lenguas, su limpieza fue declarada (Hechos 10, 44).

Dado que estas cosas son así, ya es fácil ver también que es posible que cualquiera en la sociedad de la Iglesia alcance la doctrina íntegra y verdadera, y exponga todo según la regla de la fe católica, distinga al Creador de la criatura, y así se manifieste que ha carecido de la variedad de mentiras como de lepra; y sin embargo, sea ingrato a Dios y a su Señor limpiador; porque, elevado por la soberbia, no se postra con la piadosa humildad de dar gracias, y se hace semejante a aquellos de los que dice el Apóstol, "Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias" (Romanos 1, 21). Pues al decir que conocieron a Dios, muestra que fueron limpiados de la lepra, pero inmediatamente los acusa de ingratos. Por lo tanto, tales permanecerán en el número nueve como imperfectos. Pues si se añade uno a nueve, se completa una cierta figura de unidad: lo que hace una tal plenitud, que el número no progresa más allá, a menos que se vuelva de nuevo a uno; y esta regla se mantiene por la infinitud del número. Nueve, por lo tanto, necesitan uno, para que se coagulen en una cierta forma de unidad y sean diez: pero uno no necesita de ellos para mantener la unidad. Por lo tanto, así como aquellos nueve que no dieron gracias, hechos reprobos, fueron excluidos de la comunión de la unidad; así aquel uno que dio gracias, aprobado y alabado por la significación de la única Iglesia. Y porque ellos eran judíos, se declara que perdieron por soberbia el reino de los cielos, donde principalmente se guarda la unidad: pero aquel que era samaritano, que se interpreta como Guardián, al dar a

aquel de quien recibió lo que recibió, y de alguna manera cantando aquello del Salmo, "Mi fortaleza la guardaré para ti" (Salmo 58, 10); sujeto al rey por la acción de gracias, guardó la unidad del reino con humilde devoción.

XLII. [Ib. XVII, 31.]

¿Qué significa lo que dice el Señor, "El que esté en el tejado, y sus bienes en la casa, no descienda a tomarlos"? Está en el tejado quien, excediendo lo carnal, vive espiritualmente como en un aire libre. Sus bienes en la casa son los sentidos carnales, que muchos, al usarlos para investigar la verdad, que se capta con el entendimiento, han errado completamente. Por lo tanto, los bienes de este hombre espiritual ya están vacantes en la casa; porque, superando al cuerpo con la mente, colocado como en el tejado por la agudeza de la inteligencia, disfruta de la claridad de la sabiduría como de un cielo muy abierto. Por lo tanto, que tenga cuidado este, no sea que en el día de la tribulación, nuevamente deleitado por la vida carnal, que se alimenta por los sentidos del cuerpo, descienda a tomar tales bienes.

XLIII. [Ib. XVII, 31.]

¿Qué significa lo que se ha dicho, "Y el que esté en el campo, de igual manera no vuelva atrás"? Quien trabaja en la Iglesia, como Pablo y Apolo plantan y riegan (1 Corintios 3, 6), no mire la esperanza secular, a la que ha renunciado.

XLIV. [Ib. XVII, 32.]

¿Qué significó la esposa de Lot? A aquellos que en la tribulación miran hacia atrás, y se apartan de la esperanza de la promesa divina. Y por eso fue hecha estatua de sal, para que, advirtiendo a los hombres que no hagan esto, como condimento su corazón para que no sean insensatos.

XLV. [Ib. XVII, 34, 35]

¿Quiénes son en aquella noche dos en una cama, y dos moliendo juntas, y dos en el campo, de los cuales de todos los pares uno será tomado, y uno será dejado? Aquí parecen significarse tres tipos de personas: uno de aquellos que eligen el ocio y la tranquilidad, no ocupados ni en negocios seculares ni en negocios eclesiásticos; cuyo descanso se significó con el nombre de cama: otro de aquellos que, constituidos en el pueblo, son gobernados por los más doctos, haciendo las cosas de este mundo; a quienes también significó con el nombre de mujeres, porque les conviene ser gobernados por los consejos, como dije, de los expertos; y las llamó moliendo, por el círculo y el ciclo de los negocios temporales; que sin embargo dijo moliendo juntas, en cuanto de esas cosas y sus negocios proveen para los usos de la Iglesia: el tercero de aquellos que trabajan en el ministerio de la Iglesia como en el campo de Dios, del cual el Apóstol habla de la agricultura (1 Corintios 3, 9, 9). En estos tres tipos, hay nuevamente dos tipos de personas en cada uno, y se distinguen por la fortaleza de sus fuerzas. Pues aunque todos parecen pertenecer a los miembros de la Iglesia, al llegar la tentación de la tribulación, tanto de aquellos que están en el ocio, como de aquellos que están en los negocios del mundo, y de aquellos que sirven a Dios en la Iglesia, algunos permanecen, otros caen: los que permanecen son tomados, los que caen son dejados. Por lo tanto, "uno será tomado, y uno será dejado", no se dice como de dos personas, sino de dos tipos de afectos, en cada uno de los tres tipos de profesiones. En aquella "noche", dijo, en aquella tribulación.

A esos tres tipos que son tomados, creo que pertenecen también esos tres nombres de hombres santos, que Ezequiel el profeta proclama que solo ellos serán liberados, Noé, Daniel

y Job (Ezequiel 14, 14). Pues Noé parece pertenecer a aquellos por quienes la Iglesia es gobernada; como por él el arca fue gobernada en las aguas (Génesis 7, 7), que llevaba la figura de la Iglesia. Daniel, sin embargo, que eligió la vida célibe, es decir, despreciando los matrimonios terrenales, para que, como dice el Apóstol, viviera sin preocupación, pensando en las cosas de Dios (1 Corintios 7, 32, 34), significa el tipo de aquellos que están en el ocio, pero sin embargo son fortísimos en las tentaciones, para que puedan ser tomados. Job, sin embargo, porque tuvo esposa e hijos, y amplias riquezas terrenales (Job 1, 1-3), pertenece a ese tipo, al que se le asignó el molino, pero sin embargo para que sean fortísimos en las tentaciones, como él lo fue; pues de otro modo no podrán ser tomados. No creo que haya otros tipos de personas de las que consta la Iglesia, que estos tres, teniendo dos diferencias, por la toma y el dejar; aunque en cada uno se pueden encontrar muchas diversidades de estudios y voluntades, sin embargo, convergiendo a la concordia y unidad.

XLV. [Ib. XVIII, 1-8.]

¿Qué significa que para orar siempre y no desfallecer, quiso poner una parábola sobre el juez injusto, que aunque no temía a Dios, ni respetaba al hombre, sin embargo, cedió a las interpelaciones continuas de la viuda, para que la vengara, no sea que le causara molestia? Pues esto es lo que dice, "No sea que viniendo me agote". Porque el Señor pone parábolas o según alguna similitud; como sobre aquel siervo, a quien el señor perdonó lo que al rendir cuentas se encontró que debía, y él mismo no quiso dar siquiera una prórroga a su conserivo (Mateo 18, 23-35); y sobre el prestamista, que habiendo perdonado a dos deudores lo que debían, fue más amado por aquel a quien más perdonó (Lucas 7, 41-43); y sobre el hombre que tenía dos hijos, el mayor cercano a él en el campo, y el menor derrochando en la lejanía (Lucas 15, 11-32); y innumerables de este tipo: pues de estos, en cuanto son semejantes, se lleva el entendimiento de aquello a lo que se aplican, para insinuar o buscar. O de la misma disimilitud prueba algo, como es aquello, "Pues si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?" (Mateo 6, 30). A este tipo pertenece también aquello que dice del siervo, a quien el señor había anunciado que sería removido de la administración: pues él hizo fraude a su señor, para que, falsificando los documentos, relajara a los deudores de su señor lo que le pareció conveniente. Y de ninguna manera nos exhorta el Señor a que le hagamos fraude: pero si alguien, haciendo fraude, se proveyó para el futuro, dice que fue alabado por el señor; cuánto más deben proveerse para la vida eterna, a quienes se les ordena obrar justamente con el mamón de iniquidad (Lucas 16, 1), lo cual está expuesto en su lugar (Supra, quaest.34). A este tipo pertenece también aquel que no por amistad, sino para evitar la molestia, ya dormido es despertado, para que preste tres panes a su amigo. Pues si él, compelido por la molestia, dio, cuánto más Dios, que amando a sus siervos, nos exhorta a pedir, dará cosas buenas a los que le piden (Mateo 7, 7-11). Así que aquel tipo anterior puede añadirse a estas palabras, "Como aquello, así también esto": pero este tipo posterior, a estas palabras, "Si aquello, cuánto más esto", o "Si no aquello, cuánto menos esto"; pero en algunos lugares se ponen oscuramente, en otros claramente. Aquí, por lo tanto, el juez injusto no se aplica por similitud, sino por disimilitud, para mostrar el Señor cuánto más seguros deben estar aquellos que perseverantemente ruegan a Dios, fuente de justicia y misericordia, o si algo más excelente puede decirse o escucharse, cuando ante un juez injustísimo la perseverancia del suplicante logró hasta el cumplimiento del deseo.

La misma viuda puede tener similitud con la Iglesia, que parece desolada hasta que venga el Señor, quien sin embargo en secreto ahora también cuida de ella. Si, sin embargo, mueve por qué los elegidos de Dios ruegan ser vengados, lo cual también se dice en el Apocalipsis de Juan sobre los mártires (Apocalipsis 6, 10), cuando se nos exhorta claramente a orar por

nuestros enemigos y perseguidores (Mateo 5, 44); debe entenderse que esa es la venganza de los justos, que todos los malos perezcan: perecen, sin embargo, de dos maneras; o por conversión a la justicia, o perdiendo por el castigo el poder, que ahora tienen temporalmente contra los buenos, mientras esto mismo conviene a los buenos. Por lo tanto, aunque todos los hombres se convirtieran a Dios, entre los cuales están también los enemigos, por quienes se nos ordena orar; el diablo, sin embargo, que obra en los hijos de desobediencia (Efesios 2, 2), permanecería al final del mundo para ser condenado: cuyo fin los justos desean que venga, aunque oren por sus enemigos, sin embargo, no absurdamente se dice que desean venganza.

XLVI. [Ib. XIX, 12-27.]

Un hombre noble fue a una región lejana para recibir un reino para sí, y volver: se entiende que es nuestro Señor Jesucristo. La región lejana, la Iglesia de los Gentiles hasta los confines de la tierra. Sin embargo, dice que volverá: pues fue, para que la plenitud de los Gentiles entrara; volverá, para que todo Israel sea salvo (Romanos 11, 25). Por las diez minas, significa la Ley por el Decálogo. Diez siervos, a quienes bajo ella se les predicó la gracia. Pues así se debe entender que se les dieron minas para su uso, cuando entendieron que esa misma Ley, removido el velo, pertenece al Evangelio. Sus ciudadanos que enviaron una embajada tras él, diciendo que no querían que reinara sobre ellos, son los judíos, que incluso después de su resurrección enviaron perseguidores a los Apóstoles, y rechazaron la predicación del Evangelio. Sin embargo, regresó habiendo recibido el reino, porque vendrá en la más manifiesta y eminente claridad, quien les apareció humilde, cuando dijo, "Mi reino no es de este mundo" (Juan 18, 36). Pero lo que los siervos rindiendo cuentas de lo que recibieron, son alabados los que ganaron, significa que dan buena cuenta aquellos que usaron bien lo que recibieron, para aumentar las riquezas del Señor por aquellos que creen en él. Lo que quienes no quieren hacer, está significado en aquel que guardó su mina en un pañuelo. Pues hay hombres que con esta perversidad se halagan a sí mismos diciendo: Basta con que cada uno rinda cuentas de sí mismo; ¿qué necesidad hay de predicar o ministrar a otros, para que también uno se vea obligado a rendir cuentas de ellos, cuando ante el Señor incluso aquellos son inexcusables a quienes no se les dio la Ley, ni escucharon el Evangelio, porque a través de la creación podían conocer al Creador, cuyas cosas invisibles, desde la creación del mundo, se entienden y se ven por medio de las cosas hechas (Romanos 1, 20)? Esto es como cosechar donde no sembró; es decir, también tener por impíos a aquellos a quienes no se les ministró la palabra de la Ley o del Evangelio. Evitando este peligro del juicio, con perezosa languidez descansan de la ministración de la palabra; y esto es como atar en un pañuelo lo que recibieron. La mesa a la que debía darse el dinero, tomamos como la misma profesión de religión, que se propone públicamente para el uso necesario de la salvación. Pero lo que uno de ellos que usó bien, ganó diez, y otro cinco, significa que fueron ganados al rebaño de Dios, por quienes la misma Ley fue entendida por la gracia; ya sea porque está contenida en el Decálogo, o porque aquel por quien fue dada, escribió cinco libros: a esto pertenecen también las diez y cinco ciudades, a las que los pone al frente. Pues la multiplicación de la inteligencia en esa misma variedad, que brota de cada precepto o de cada libro, reducida a uno, hace como una ciudad de razones vivientes eternas. Pues la ciudad no es de cualquier tipo de seres animados, sino de una multitud de racionales, unida por la sociedad de una sola ley. Pero lo que se quita a aquel que no quiso usar, lo que recibió, y se da a aquel que tenía diez, significa que aquel también puede perder el don de Dios, quien teniendo no tiene, es decir, no usa; y en aquel que teniendo tiene, es decir, usa bien, se aumenta. Por lo tanto, a sus enemigos que ordena ser asesinados delante de él, significa la impiedad de los judíos que no quisieron convertirse a él.

XLVII. [Ib. XVIII, 25-27.]

¿Qué significa lo que dice, "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios"? Aquí llama rico al codicioso de cosas temporales y que se enorgullece de tales cosas. A estos ricos son contrarios los pobres de espíritu, de quienes es el reino de los cielos (Mateo 5, 3). Pues se manifiesta que todos los codiciosos, aunque carezcan de las riquezas de este mundo, pertenecen a este tipo de ricos que es reprobado; porque después dijeron los que escuchaban, "¿Y quién podrá salvarse?" cuando incomparablemente mayor es la multitud de los pobres: evidentemente entendiendo que en ese número se cuentan también aquellos que, aunque no tengan tales cosas, sin embargo, son arrastrados por el deseo de tenerlas. El sentido es, sin embargo, que es más fácil que Cristo sufra por los amantes del mundo, que los amantes del mundo puedan convertirse a Cristo. Sin embargo, quiso que se entendiera que él mismo se refería con el nombre de camello, porque humillado llevó cargas. Pues, ¿en quién se entiende más claramente, que en él mismo, lo que está escrito, "Cuanto más grande eres, humíllate en todo" (Eclesiástico 3, 20)? Por la aguja, sin embargo, significa las punzadas; por las punzadas, los dolores sufridos en la pasión: por lo tanto, el ojo de la aguja dice las angustias de la pasión. Pero lo que dice, "Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios", no debe entenderse así, que los codiciosos y soberbios, que son significados con el nombre de aquel rico, entrarán en el reino de los cielos con sus codicias y soberbia: sino que es posible para Dios, que por su palabra, como ya se ha hecho, y también vemos que se hace diariamente, se conviertan de la codicia de lo temporal al amor de lo eterno, y de la perniciosa soberbia a la humildad más saludable.

XLVIII. [Ib. XVIII, 35-43.]

Podemos entender sobre los que se acercaban a Jericó que ya habían salido de allí, pero aún estaban cerca de esa ciudad: lo cual se dice de manera menos usual, pero podría parecer que se dijo así, ya que Mateo dice que al salir de Jericó, dos ciegos que estaban sentados junto al camino fueron iluminados (Mat. XX, 29-34). En cuanto al número, no hay cuestión, si uno de los evangelistas omitió mencionar a uno, recordando solo a uno. Pues también Marcos menciona a uno, aunque él también dice que fue iluminado al salir de Jericó, y menciona su nombre y el de su padre (Mar. X, 46-52): para que entendamos que era muy conocido, y el otro desconocido, de modo que con razón aquel conocido también solo fuera decentemente mencionado. Pero dado que lo que sigue en el Evangelio según Lucas muestra claramente que lo que él narra ocurrió mientras aún venían a Jericó; no queda más que entender que este milagro ocurrió dos veces, una vez en un ciego, mientras aún venía a esa ciudad, y otra vez en dos cuando salía de allí: para que Lucas narrara uno, y Mateo el otro; y no sin algún sacramento. Pues si interpretamos Jericó como la Luna, y por esto la mortalidad, el Señor acercándose a la muerte, había ordenado que la luz del Evangelio se predicara solo a los judíos, a quienes significó aquel ciego que Lucas menciona: pero resucitando de la muerte y partiendo, tanto a judíos como a gentiles, a quienes parecen significar los dos ciegos mencionados por Mateo.

[Ib. XIX, 45, 46.]

Entenderás el templo en el Evangelio como el mismo hombre, o incluso con el cuerpo adjunto de él, que es la Iglesia. Pero según aquello que es la cabeza de la Iglesia, se dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Según lo que también se entiende como templo la Iglesia adjunta, parece haber dicho: Quitad esto de aquí: está escrito, Mi casa será llamada casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Juan II, 19, 16). Pues significó que habría en la Iglesia quienes más bien realizarían sus negocios, o tendrían

allí un refugio para ocultar sus crímenes, que seguir la caridad de Cristo, y corregirse con la confesión de los pecados aceptando el perdón.

XLIX. [Ib. XX, 36.]

A lo que dijo, Pues ya no pueden morir; porque los matrimonios son para los hijos, los hijos para la sucesión, la sucesión para la muerte: donde no hay muerte, tampoco hay matrimonios. Pues así como ahora nuestro discurso se lleva a cabo y se completa con sílabas que se suceden y se reemplazan: así también los mismos hombres cuyo discurso es, al morir y sucederse, llevan a cabo y completan el orden de este siglo, que se teje con la belleza de las cosas temporales. Pero en aquella vida, ya que la Palabra de Dios de la que disfrutaremos, no se completa con la sucesión y reemplazo de sílabas, sino que todo lo que tiene lo tiene siempre permaneciendo al mismo tiempo; así sus partícipes, para quienes solo él será la vida, ni se suceden a sí mismos muriendo, ni naciendo.

L. [Ib. XXII, 40 y 41.]

Lo que el Señor dijo a los discípulos, Orad para que no entréis en tentación: y él se apartó de ellos a la distancia de un tiro de piedra: como si les hubiera advertido que dirigieran la piedra hacia él, es decir, que llevaran la intención de la Ley, que estaba escrita en piedra, hasta él (Éxodo XXXI, 18, y XXXIV, 4, 28). Pues hasta él puede llegar esa piedra: porque el fin de la Ley es Cristo, para justicia de todo creyente (Rom. X, 4).

LI. [Ib. XXIV, 28.]

Lo que está escrito sobre el Señor, Fingió ir más lejos, no pertenece a la mentira. Pues no todo lo que fingimos es mentira: sino cuando fingimos algo que no significa nada, entonces es mentira. Pero cuando nuestra ficción se refiere a algún significado, no es mentira, sino alguna figura de la verdad. De lo contrario, todo lo que ha sido dicho figuradamente por sabios y santos varones, o incluso por el mismo Señor, se consideraría mentira, porque según el entendimiento usual, la verdad no subsiste en tales dichos. Pues no es que realmente existiera un hombre que tuviera dos hijos, de los cuales el menor, habiendo recibido su parte de la herencia, se fue a una región lejana, y lo demás que se narra en esa historia (Luc. XV, 11-32), se diga como si realmente hubiera habido un hombre que hubiera sufrido o hecho esto con sus dos hijos. Estas cosas fueron ficticias para significar algo, tan extensa y ampliamente mayor, y tan incomparablemente diferente, que a través de ese hombre ficticio se entienda al verdadero Dios. Así como las palabras, también los hechos se fingen sin mentira para significar algo: de donde es también aquello del mismo Señor, que buscó fruto en la higuera en el tiempo en que aún no había frutos (Mar. XI, 13). No hay duda de que esa búsqueda no fue verdadera: cualquier hombre sabría, si no por divinidad, al menos por el tiempo, que ese árbol no tenía frutos. La ficción, por tanto, que se refiere a alguna verdad, es figura: la que no se refiere, es mentira. ¿Qué significa entonces que el Señor fingió ir más lejos, cuando acompañaba a los discípulos, exponiéndoles las santas Escrituras, sin que ellos supieran que era él? ¿Qué, creemos, sino que insinuó que a través del oficio de la hospitalidad los hombres pueden llegar a su conocimiento? para que cuando él se haya alejado más de los hombres sobre todos los cielos, sin embargo, esté con aquellos que muestran esto a sus siervos, de modo que cuando comiencen a decir, Señor, ¿cuándo te vimos huésped, y te recibimos? como si fuera él quien se había alejado: él responda, Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 38, 40). Por tanto, retiene a Cristo para que no se aleje más de él, quien, catequizado por la palabra, comparte en todos los bienes con quien lo catequiza; como dice el Apóstol, Comparta el que es catequizado en la

palabra, con el que lo catequiza, en todos los bienes (Gál. VI, 6): y en otro lugar, cuando dijo, Compartiendo con las necesidades de los santos; inmediatamente añadió, Practicando la hospitalidad (Rom. XII, 13). Y estos también fueron catequizados por la palabra, cuando les exponía las Escrituras, y porque practicaron la hospitalidad, reconocen en la fracción del pan a aquel que no habían reconocido en la misma exposición de las Escrituras. Pues no son los oyentes de la ley justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados (Id. II, 13).

[Ib. XXIII, 11.]

Que al Señor en la pasión le quitaron su propia vestidura, y le pusieron una teñida (Mat. XXVII, 28), se significan aquellos herejes, que dicen que él no tuvo un cuerpo verdadero, sino ficticio.